



# *Agradecimiento*

Esta Memoria de Montecito se realizó gracias a la aprobación del proyecto “Rescate de las raíces culturales de la comunidad de Montecito al norte de la provincia de Heredia, en las faldas del Volcán Barva” en el marco de las Becas Taller del 2016 del Ministerio de Cultura y Juventud.

Fue elaborada por la Comisión de Cultura, del período de mayo 2015 al 2017, de la Asociación de Desarrollo Integral de Montecito ADIM, bajo la coordinación de María Roxana Ugalde Sánchez e integrada por Abel Chavarría Sánchez, Álvaro Hernández Salas, Isaac González Sánchez, José Rodríguez Rodríguez, Marlen Montero Sánchez y Zoila Martínez Moncada.

La comisión agradece la colaboración de las personas entrevistadas, quienes estuvieron dispuestas a compartir sus experiencias y vivencias para enriquecer este trabajo. A la vez aprovechamos para disculparnos ante algunas familias que omitiéramos, ya sea por falta de tiempo o desconocimiento de nuestra parte, que habitaron en el lugar o fueron fundadores.

Agradecemos al personal de la Escuela de Montecito, por su disposición a ceder las instalaciones, para la realización de actividades del proyecto.

Reconocemos la colaboración de la familia Magallón Ghirardelli.

En especial el apoyo profesional brindado por funcionarias del Ministerio, el acompañamiento de Vanessa Biasetti, el apoyo filológico de Georgina Sibaja y el interés prestado por Irene Morales.

## *Dime Abuelo*

Abuelo quiero que me cuentes una historia, pero no de hadas ni de Blanca Nieves, ni parecido.

-Entonces ¿Qué quieres que te cuente?

Quiero que me cuentes un bello cuento que relate la historia de este pueblo. Dime ¿Cómo se formó, de dónde vino la gente que taló la montaña y sembró la alfombra de pasto?

Dime ¿Cómo hacían el carbón que daba calor a la vieja plancha de la abuela? Cuéntame abuelo ¿quién aró la tierra para sembrar el dulce maíz y la sabrosa papa que alimentó a Mamita?

¿Qué es labrar la madera abuelo? Dice Paco que hubo muchas lecherías aquí ¿Dónde estaban? ¿Quiénes eran sus dueños?

¿Por qué de ese árbol, llamado ciprés que huele tan rico, hay tantos aquí?

Dicen que aquí vivieron personas famosas, escritores, políticos, pintores y hasta un conde ¿Es cierto abuelo?

¿Dónde conociste a abuelita? ¿Cómo fue la fiesta cuando se casaron?

¿Quién tomó esa vieja foto del señor que cuelga en la pared? ¿Es tu abuelo?

¿Dónde se cultivaron las ricas fresas que dice la abuela que había aquí? ¿Quién las trajo y las cultivó?

La abuela dice que la escuela nació en un establo ¿Quiénes serían sus primeros maestros y alumnos? ¿Tú fuiste uno de ellos abuelo?

¿Por qué dicen que mamita nació en la casa? ¿Quién ayudó a la abuela en el parto? ¿Qué hacen las parteras?

¿Cómo se construyó nuestra bella ermita?

Cuéntame todo eso y muchas cosas más de mi pueblo para contarlas yo a mis hermanos, hijos, nietos y amigos.

Entonces el abuelo corrió emocionado al viejo baúl y sacó sus lápices de escuela, su viejo cuaderno de vida y con una cuchilla vieja echó punta a un lápiz.

¿Qué haces abuelo?

-Tendrás el cuento que me pides, y el viejo buscó una hoja en limpio, del cuaderno y empezó así:

"En las montañas al norte de Heredia llegaron familias de varias partes y empezaron a talar la montaña y llenar el campo recién abierto de verde pasto llenos de ilusión...

Y la niña sonrió complacida a la espera de su cuento, uno diferente, uno de sus raíces y gente.



*Gato Chavarría*

*Dedicado a todas las personas que compartieron sus historias.*

## *Montecita Pueblo con Olor a Ciprés*

Forjado por el hacha y el sudor de sus primeros habitantes, robando espacio al bosque primario ante la mirada del Macizo del Barba y abrigada por el cerro el Chompipe, fue surgiendo el verde potrero cual alfombra mágica adornada de múltiples flores y con serenata de alegres grillos que en la noche cantan su canción.

Llegó luego el ganado lechero, las milpas, los papales, hortalizas y jugosas fresas, trabajadas con esmero por don Jorge Hernández, el pionero.

Surge con ellas la creatividad de la cocina campesina, con quesos, cajetas, requesón, tamal asado biscocho, torta de arroz, picadillos, conservas de fresa, mora y yogurt, la mazamorra, chorreadas, cosposas, gallina achiotada y mil sabores más.

Por la tala sobra madera y nace la pequeña industria de carbón para usarse en la cocina y planchas, carbón de danto, roble y luego el ciprés, que vino para quedarse traído a la zona por el señor Echandi que le dio un aire alpino y perfume especial; música de violín del viento al pasar por el tapa viento formado por los cipreses abrazados unos a otros, cual enamorados.

El espíritu se alegró con el chirrite, guaro clandestino, tan fuerte como el alcohol, que con sólo un par de mechazos se jumaba el campesino y todo el que lo probaba, era cosa de hombres y no de güilas. Una vez alegres era cosa de afinar guitarra, sacar el acordeón, entonar un pasillo corrido, paso doble, sacar del pecho la máxima inspiración y, de reojo, darle una mirada a la muchacha enamorada y hacerle promesas de amor.

De las familias pioneras salieron matrimonios que poco a poco se llenaron de chacalines, muchos traídos al mundo por Fica la Partera, que con natural conocimiento atendió a las primerizas madres y cortó el ombligo de aquellos nuevos pobladores.



*Ciprés Centenario Finca Echandi*



*Ciprés Centenario Finca Echandi*

Atraídos por su belleza llegan a la región emigrantes y visitantes de múltiples regiones, los hubo europeos de sangre noble, norteamericanos y muchos más, no faltó el escritor Cañas, la cámara de Gómez Miralles que plasmó la belleza y singular manera de la verde naturaleza y el campesino labriego sencillo, bueno, alegre con sus yuntas y bueyes.

La enseñanza básica necesaria surge en la escuelita El Montecito, que cual niño Dios bendito nace en un establo en la finca de la señora Marta Steinforth que dona luego el terreno a solicitud del Presbítero Santiago Núñez Vargas, para que se construya el centro de enseñanza por el cual han pasado tantas generaciones.

Los tiempos cambian, la leche y la agricultura se extinguen, surge el Montecito acogedor de múltiples personas que emigran a la zona atraídos por su verde, su paz, su clima, su cielo despejado, la música del ciprés que canta a dúo con el viento, para sentir de las motitas de niebla la caricia y su frescura, mirar al cielo ver la Cruz del Sur, La Osa mayor y Menor, el Arado y en Navidad la estrella del Niño, que brinda con su destello una ilusión.

También ver la constelación de luciérnagas que en invierno iluminan la oscuridad de la noche y escuchar el canto de la lechuza, el concierto de los grillos y ver el volar del singular cuyeo. En las noches de luna llena el aullido melancólico del coyote, que parece extrañar el cambio del Montecito Agropecuario y ver surgir el nuevo Montecito, abierta a calmar la sed de paz del emigrante, a recibir al visitante furtivo que en ocasiones se escapa para enamorado descansar bajo un árbol, comer una mora silvestre y soñar con el verde mágico de la naturaleza.

## *Nacidos en la Montaña*

La llegada de pobladores a Montecito tiene mucho que ver con los deseos de comunicación del Valle Central y la Zona Atlántica, es así que se trata de llegar a Guápiles por el sector del Monte de La Cruz en San Rafael de Heredia, en uno de los intentos entre los años 1920 a 1945. La trocha se empezó a trazar saliendo al norte del Monte de La Cruz, que en esos años lucía pelón e imponente, como un pequeño volcán, que cuidaba el Valle Central.

La pequeña Capilla del Monte se alineaba con la Cruz de Alajuelita, continuaba la trocha dividiendo en dos las fincas de Francisco Esquivel y la finca del Conde Tattenbach- personaje del cual hablaremos posteriormente- para seguir besando los pies del cerro el Chompipe, ese "Gigante Verde", poblado de robles y aguacatillos que contemplaban con desdén el paso del camino, como prediciendo que fracasaría en su intento.

Pasando sobre los ríos Vueltas, Cabra, Nuevo y Grande, entre otros, todos de espumantes aguas muy frías, buscando al este y pasando por lo que conocemos hoy en día como Cerro Dantas, se internaba esa trocha en la Montaña Virgen poblada de dantas, pavas, armadillos, pumas, jaguares, monos congo que, con su fuerte aullido, dieron posiblemente origen a la leyenda de estos sectores del "Dueño De Monte", relato del cual daremos pincelada más adelante.

El canto del jilguero endulzaba el oído de los trabajadores y el vistoso plumaje del quetzal y de los bobos pintaban un hermoso paisaje sobre las copas de los árboles. En esta vegetación abundaban los palmitos de montaña, tanto los "amargos" purrusqués y dulces, "Todos ellos fueron base en la dieta de los trabajadores de la Trocha y pobladores de los denuncios".

La oportunidad de tener un terreno alrededor de la futura carretera dio origen a que diferentes personas, de diferente nivel económico, talaran fincas o "denuncios" alrededor del trazado de este camino, que marcaban o delimitaban con carriles que son trazos en la montaña, de no menos de dos metros de ancho. Algunos denuncios, entre muchos otros, fueron de Juan Piedra, Martínez, La Begonia, Selva Negra, Gómez Miralles, entre otros.

Estos terrenos se utilizaron generalmente en pequeñas lecherías, aunque hubo quien sembró café como los pobladores que se desviaron hacia el Bajo Caliente y Bajo Tigre, sector a un costado del Chompipe y bañado por el río Las Vueltas. También, cerca del Chompipe en el sector llamado "Alto De Los Robles, hoy protegido por una entidad norteamericana, existió un aserradero y de la actividad maderera comentaremos en otro capítulo.



*Familia Chanto Lobo*

La necesidad tanto de mano de obra para el trazado de la Trocha como para el aserradero y los denunciados dio origen a la llegada de emigrantes, quienes serían algunas de las familias colonizadoras del poblado Montecito, ese manto verde que huele a ciprés con música de violín que susurra el viento.

Poblado de árboles a la vera del camino, no podía ser otra la materia prima principal para la construcción de casas, así como las palmas a veces por techo, y por piso tierra, cascajo o madera en astillón. Viviendas rústicas, toscas como las manos de los labradores de madera que, con fino tacto a corte de hacha, pulen las tuacas del árbol centenario para construirlas.

Las mujeres hábiles pulían los pisos, que eran de tierra o cascajo y pulidos de manera pareja con escobas de escobilla o ciprés amarradas al palo de madera con hilo o tira fuerte de tela. Si, de madera los pisos, se esmeran en sacarle brillo como para verse la cara. A veces se forraban las paredes de madera con papel para que no se cuele el frío viento de la montaña por las rendijas, para ello usaban goma salida del almidón y quedaban hermosas las paredes tapizadas.

El fogón de leña o a veces con suerte cocina de estañón o hierro, tenían una triple función; la de preparar los alimentos, calentar la vivienda y ayudar al secado, tanto de ropa, como de la carne para conservarla.

El servicio sanitario se encontraba a cierta distancia de la casa y era de hueco, había que abrigarse en las noches por aquello de un “baño de aire o viento encajado” y además estar alertas por si un león (puma) o tigre (jaguar) acechaba, situación que se producía si en los alrededores olía a sangre o bien si un infante recién llegado lloraba.

El baño, muchas veces, eran las pozas del río cercano a la vivienda... friooooo muy frioooo!!! Pero gustaba, sobre todo a las jóvenes. Con suerte se lograba llevar por gravedad agua a las viviendas por medio de un riachuelo sacado de río, cañería metálica o bien cañas de bambú y, si no, a las mujeres y niños les tocaba acarrear el cristalino líquido a los hogares. La ropa se lavaba en batea de madera o piedras en el río.

No podía faltar la galera donde se estibaba la leña para el consumo, tampoco los corrales y encierros de los animales domésticos para protegerlos de los temporales y depredadores como leones, tigres zorrillo, zorro pelón (zarigüeya), tolomucos y comadrejas.

Ante el difícil acceso a la zona, se hacía necesario transportar los víveres a lomo de caballo, alimentos complementarios a la caza, a la recolecta de productos silvestres y a algunos cultivos.

Era así como José María y otros colonos salían con lista en mano preparado por sus esposas a la pulpería de los Ángeles la de Tulio Chacón y su socio Ovidio Lobo, llamada el “Águila del Norte” situada frente a la escuela de Los Ángeles, luego de surtir lo básico y algún dulce para los niños como melcochas o sobado, los hombres en su mayoría gustaban tomar algún trago para iniciar alguna tertulia con algunos otros clientes del local comercial.

Con el espíritu alegre, iniciaban el regreso silbando alguna melodía o cantando, y de vez en cuando, algún grito a floraba producto de los tragos. Gustaba José María, mientras avanzaba por el camino rodeado de árboles de San Miguel, jaúles, dantos aguacatillos y el ladrar de algún perro de vecino y miradas tímidas de los niños que habitaban las humildes casitas de los peones de las fincas lecheras, cantar ese pasillo que decía:

“Pregunto por mi Lira porque es mi compañera le pregunte a la dicha me contesto el dolor, no preguntes por ella pregunta por tu madre porque en estos momentos acaba de morir”.

Quizás iba pensando que un día perdería a su madre Fica, la partera, quien lo había traído al mundo. Ignoraba el nombre de su padre.

Llegaban los hombres a la montaña nublada, lluviosa, pero mágica, con su música de jilguero a dúo con yigüirro de montaña, el viento chocaba las ramas de los árboles dando la percusión y la algarabía de los niños al ver llegar al jefe de familia, todos ilusionados, proporcionaban el coro, porque trajeran golosinas.

Al abrir las esposas los sacos o alforjas de montar a caballo o carguero, con los mandados, a menudo surgía algún reclamo por falta de algo básico. Los hombres decían que no había ese artículo en la pulpería, pero las mujeres lo ponían en tela de duda, asumiendo que habían ahorrado para los tragos.

No solo era difícil salir a comprar los alimentos, lo era para ir a un Hospital, como también para que los niños fueran a la escuela. Salían de alguno de los denuncios y más adentro del río Las Vueltas hasta la escuela de los Ángeles, ya que en la época antes de 1960, no existía la escuela El Montecito.

Esos niños nacidos en la montaña, asistidos por partera o sus padres, desafiaron el duro camino de piedra, polvo, barro y empalizadas en el camino a la escuela, con temor del tigre (jaguar), león (puma), que bordeaba el Chompipe y montañas vecinas, y además muchas veces mojados y descalzos.

¡Y qué decir de las esposas que debían salir a la provincia o cantón! Debían caminar hasta donde estuvo el salón “Brasilla”- hoy depósito de materiales- a tomar la cazadora o más abajo a la pulpería de los Ángeles. En muchas oportunidades, con un güila enfermo y además embarazadas, jalando doble carga.

Fue dura la vida de esos colonos ¡pero más duro fue su espíritu batallador en las adversidades!

La ropa que ellas usaban eran camisetitas y batas cosidas por su madre. Se usaba la manta y una tela llamada “charmé” para elaborar la ropa de las niñas y cuentan que Fica era la que traía las telas. En tono jocoso dijeron que “Mamá creó las bermudas” refiriéndose a los pantalones un poco cortos usados por los hombres. Los hombres usaban pantalones kaki. La mamá se peinaba con un “atadito”, que era hacerse unas trencitas que luego se amarraban y juntaban en el cuello.

Ante la necesidad, muchas de las mujeres tenían una máquina de coser manual, de una sola aguja.

En las noches oscuras y frías se alumbraban con candelas, canfineras, lámparas de “canfín” y alcohol y en torno a la nítida luz se hacía tertulia con cuentos de aparecidos, leyendas que crispaban los bellos del cuerpo. Otras veces una guitarra vibraba



*Familia Chanto Lobo*



canciones de amor o de despecho y, ante la pena un poco de “chirrite” (guaro de contrabando), volvía el entorno melancólico o amoroso, más inspirado, afloraba el llanto o risa según fuera el caso.

Entre estas familias tenemos:

1- Descendientes de Tomás Sánchez, casado con María Candelaria Arroyo. Ellos son emigrantes Rafaeleños.

Se dice que Don Tomás superó los 100 años y tuvo como hermano a Don Espíritu Santo Sánchez, otro personaje que dio origen a otra rama de pobladores de Montecito.

Don Tomas era un hombre analfabeto que calzaba un solo caite por un problema “como de un hueso molesto en el talón”, era alto, fuerte y robusto. Con su esposa, doña María Candelaria, dieron origen a las familias Pico, apodo dado en la zona ya que don Tomás decía “dos varas y pico o dos reales y pico” por decir la porción adicional que podía ser de alrededor de unas veinticinco pulgadas.

Las personas entrevistadas se sienten orgullosas tanto de su apodo como de sus abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, es importante destacar que estos Pico rondan la séptima generación. Hasta sus tataranietos tributan una admiración y más por el “Tata Tomás”, el hombre de mirada profunda, de pie calzado con un caite y agarrado a un bordón.

Don Tomás y María tuvieron entre sus hijos a:

Noé, Moisés, Elías, Juan, María Dolores, Julia, Esmeralda, Rosalía, María y Pacífica, de quien se hará una reseña, ya que fue la partera quien trajo al mundo a muchos pobladores del sector.

Los cuatro varones y Pacífica fueron los que más pobladores aportaron a la zona, sus descendientes se mencionan a continuación, porque las demás mujeres se casan y se van de la región.

Noé es el padre de Danilo, José Victoriano, Fabrique y Salomón entre otros.

Moisés, hombre fuerte y obsesionado por encontrar la Mina que será otro capítulo a relatar, trajo al mundo a Adolfo y Luis.

Elías es el padre de Elisa quien va a ser la madre de Fierro, León y Lilo; Rosa quien será la madre de Rafael, Norma y Licho; Antonio quien será el padre de Enrique, Elías, Manolo, todos ellos apodados los Cujas.

Juan se casa con Lidia Chanto y trae al mundo a Eliecer, Noemí, Quico y Flor.

Pacífica, mujer soltera que trae al mundo a José María quien es conocido como “Se maría o Chepe” y de gran descendencia en Montecito. Pacífica se casa luego con un señor de apellido Carballo y trae al mundo a Leovigildo (Pija), María (Quillo) y Manuel (Mino).

Lo más característico de los descendientes de don Tomás es el espíritu de aventura en la montaña, de hecho, y en los últimos momentos de vida de algunos de ellos, sueñan y relatan en su lecho de agonía sus aventuras de caza. Hay una frase, más bien palabra, que emana de lo más profundo de su ser, como exclamación o grito de lucha: “Caraaaajooooooooo”.



*Tomás Sánchez*

Cuentan que en la agonía de Moisés, quien se internaba solo en las montañas por largos días buscando minas, cuando todos creían que había expirado su último aliento y lo lloraban, se incorporaba de pronto generando un gran susto a los dolientes y exclamaba " Caraaaajooooooooo aquí es donde no hay que aflojar".

2. Los Descendientes de Francisco Chanto y su esposa Ester Hernández. Son originarios de la Unión De Tres Ríos y famosos por su don de labradores de madera.

Don Francisco y Doña Ester son los padres de:

Gonzalo (Chalo), Alfredo, Francisco (Paco), Lidia, Rosa, Miriam, Clara y Raquel.

Los hijos varones, así como don Francisco, trabajan inicialmente en la tala de árboles y luego van a labrar la madera en las fincas lecheras.

Los Chanto aportan a Montecito muchas alegrías, son músicos amantes de la guitarra, la mandolina y el acordeón y participaron de lleno en las humildes, pero alegres fiestas del lugar; como los matrimonios, los rosarios del niño, así como en las velas de niños las cuales tenían cantos y juegos por el angelito.



*Entrevista Familia Sánchez Chanto*

Don Francisco (Paco) casado con Doña Amada Lobo, dan un gran aporte a la comunidad, ellos laboran por muchos años en la finca La Ilusión y son los papás de Franco, Henrique, Víctor y varios hermanos y hermanas.

Doña Lidia es casada con Juan (Pico hijo de Tomás) y madre de Eliécer, hermanos y descendencia.

Doña Raquel es casada con José María el hijo natural de Pacífica "Fica" la partera y es nieto de Tomas Sánchez.

Don Alfredo inicialmente aporta vecinos a Montecito, pero luego emigran más hacia el sur.

Don Chalo de joven trabaja en la zona, luego emigra a Rancho Redondo de Guadalupe, pero deja un hijo en la zona con Elisa, hija de Elías Sánchez, quien viene a ser bisnieto de Don Tomás.

Rosa y Clara se casan y emigran más hacia el sur, a los Ángeles.

Los apellidos Sánchez y Chanto se unen, debido posiblemente a que ambas familias trabajan al principio en el sector Montañoso e interactuaban mucho entre sí. Además, de que ambas familias son amigables, amantes del canto, del baile y la poesía. Son aventureros y con un gran amor hacia la montaña, como si fueran parte de ella.

Cuando llegaba la tarde y se acercaba la noche y el blanco manto de nubes cubría la Montaña invitándola a dormir, ellos cerraban sus ojos y se dejaban arrullar por los cantos nocturnos de la madre naturaleza, sabia y misteriosa.

## *El Camino al Cortijo de Badén*

Cuando caminamos por la carretera ancha, hoy ruta Nacional que nos conduce al sector que llamamos Marín Cañas, pasando por el restaurante “Peroles” (donde los olores nos producen hambre) y contemplando el paisaje de la ciudad a un lado de la “Victoria”, desde donde nos “santiguamos” ante la Capilla de San Gabriel, para toparnos de frente el “El Bosque de la Hoja”.

Continuamos jadeantes hacia el norte, a un costado del Bosque y pasamos por el “Kilimanjaro”, antiguo lugar de descanso de la familia Raventós y de reojo vemos la escuelita. Seguimos por “Laguna de Plata” y “Chapultepec”, las fincas donde cultivó don Jorge las fresas, la finca de don Ben y muchas más hasta llegar a donde se besa la calle cansada que viene de San José de la Montaña con la carretera, al lado izquierdo nos aparece la propiedad que fue del escritor don José Marín Cañas, llamada el Cortijo de Badén.

¡Nunca nos imaginaríamos que 70 años atrás, no existía ese camino!

Este hecho lo conocemos ahora, porque don Florentino Miranda conocido como don Tino, ayudado por su nieta, dibujó un mapa ilustrando la entrada a Montecito desde el Brasilia. Comentó que en ese tiempo el camino era “tierra, piedras y raíces” y se entraba a Chorreras, el “Bosque de la Hoja”, por Getsemaní. “No había carretera de los Peroles a Chorreras, era una finca de Juvenal Hernández”. Comenta que esta finca aportó un tramo de terreno, para posteriormente explicar que fue en la presidencia de don Otilio Ulate que se dio ese proceso con un primer camino, que fue de lastre.

Debido a la relación de amistad entre don Mario Echandi y don José Marín Cañas se hizo la primera pavimentación y fueron los vecinos quienes pagaron el diésel para el trabajo. Se pavimentó desde el Brasilia hasta el portón de la finca llamada Cortijo de Badén, nombre compuesto por una palabra española y otra alemana.

“De Chorreras se rompió hasta Echandi”, un logro, pues estos vecinos entraban a su propiedad más bien por La Uvita que es un camino que sigue de la cuesta de Juvenal pasando por detrás de Peroles y por la escuela, hacia el norte. Muchos otros pobladores seguían esta misma ruta como el señor Ramírez, don Jorge Hernández y hermanos, y don Macario Rojas.

En criterio de don Florentino, hubo generosidad por parte de la mayoría de los pobladores que estuvieron “de acuerdo” en donar franjas de terreno para el paso de camino, como los dueños de La Victoria, don Macario, don Jorge Hernández, los Echandi, los Barrantes, entre otros.



*Familia Miranda Rivera*

Don Tino cuenta muchas anécdotas de los pobladores de ese tiempo, entre ellas que a don Macario se le conocía como el “hombre de los perros”, pues tenía 50. Este señor tuvo su parcela de agricultura donde fue Refranes y donde están las casas de la familia Sequeira Ramirez. Don Macario, originario de San Nicolás de Cartago, vivió muchos años aquí y era muy servicial. Cuando se fue de Montecito vendió su propiedad a otras personas, una gran parte a la familia de don Luis Miranda quienes, unos años después, venden una parte a la familia Sequeira.

Don Florentino tiene su propia anécdota de la forma en que vino de Cartago a Montecito, a trabajar. Se desempeñaba como jefe de inseminación artificial en el Alto de Ochomogo y acudió, con un veterinario, a conocer la finca de don José Marín Cañas en San José de la Montaña, ya que su dueño estaba interesado en venderla. En ese tiempo, se entraba a la finca por la calle que viene de esa localidad, pues no había paso de calle por Montecito.

La finca “era un charral, las vacas estaban enfermas, yo vi tan horrible eso, esa finca no servía para nada” dice don Tino de su primera impresión, luego acudió a la casa de José Marín en Barrio González Lahmann y el dueño le planteó: “¿Usted no se iría para mi finca y me la administra?” Su respuesta fue “Tal vez si mis papases me dejaran ir, con una condición idel portón para adentro mando yo!

Con este acuerdo y en la oficina de don José Marín Cañas en el Teatro Variedades en el año 1948, se firmó un contrato por un año, acordaron 100 colones y 15% de las ganancias de la leche.

Don Tino llegó a Montecitos un 24 de octubre, primero en carro manejado por un hijo de don José Marín Cañas quien los arrimó, pues venía con su compañero Coto. Pasaron por San Rafael con sus pertenencias en una bolsita de manigueta, entre ellas un par de zapatos. Las familias de don Tino y de Coto vivieron en la finca el Cortijo de Badén y sus hijos e hijas asistieron a la escuela de Montecito.

Cuenta don Florentino que las condiciones de trabajo en la finca eran duras; en ese tiempo los temporales duraban 22 días y dormían en un “coletto”. Comenzaron a laborar con las vacas que estaban en mal estado y tenían que trabajar de noche y en la madrugada a la luz de una canfinera. Luego, con el agua de la misma finca, lograron activar dos fuentes de energía, un dinamo y la Pelton que, dicho sea de paso, se debía al Banco y más adelante se consiguió una planta grande para tener buena luz.

Dice que en la finca “había buen pasto pero estaba chiquito y amarrillo” por lo que empezaron con 30 vacas, sacando 25 botellas. Con él trabajaron jóvenes de la zona a quienes fue “moldeando para que aprendieran a joderse y ganarse la vida” y en unos 4 a 5 años “bien traqueteados” se renovó la finca. El trabajo era a veces de las 3 de la mañana hasta el anochecer y cuenta que con la erupción del Volcán Irazú tenían que “lavar el pasto con unos tanques de agua en la espalda” para que los animales pudieran comer.



*Don Tino y Doña Carmen*

El hijo, la hija, la nuera y los nietos de don Florentino aún disfrutaban al escuchar la anécdota del noviazgo y matrimonio con doña Carmen Rivera. Don Florentino iba a marcar a Cartago con una novia que tenía y, llegando al Convento de los Capuchinos, se encontró a un amigo que le pidió que “le hiciera un tercio”; es decir que el amigo estaba interesado en una de dos muchachas que habían venido a la confesión. Aunque estaba renuente, finalmente accedió, y dio la casualidad de que la otra muchacha, doña Carmen, lo “flechó” con sus “ojos verdes y pelo hermoso”.

Nunca volvió a ver a la antigua novia y llevó un noviazgo de varios años con doña Carmen en los que iba a marcar de Montecito a Cot, para luego casarse y vivir en la finca en Montecito. Con ellos vivió otra pareja, la hermana de ella doña Consuelo y su esposo, don Timio, personas muy queridas también en la zona.

Los descendientes del matrimonio Miranda Rivera se expresan con mucho cariño y admiración por doña Carmen, lo mismo don Florentino. La describen como una mujer muy educada, hablan de sus detalles cariñosos hacia la familia. Ella tenía para cada uno un mantelito individual, su servilleta de tela y su copa. A doña Carmen le gustaba la lectura y sabía mucho de historia, una verdadera autodidacta pues había asistido a la Escuela Castro Carazo, sin terminar sus estudios. Cuentan que fue muy activa en la comunidad, apoyando el trabajo en los turnos.

El hijo y la hija de don Florentino comentaron que nacieron en San José de la Montaña, que su infancia en la finca fue muy feliz y muy sencilla, sus juegos eran con trastecitos de barro, trompos y bolinchas.

En esa época habían carboneras en Montecito que eran “tan grandes como una aula, los que trabajaban salían de allí negrititos. Era un gran hueco con dos troncos grandes de travesaños y luego se iban acomodando los palos y ramas”.

Don Florentino cuenta de los turnos en esa época; regalaban y mataban terneros de la lechería y donaban la carne, las hojas de los tamales se limpiaban y se soasaban y todo se hacía en las casas. Todos colaboraban, los jóvenes hacían los ranchos y jalaban las verduras para los picadillos.

Don Florentino y su esposa trabajaron para la familia Marín Cañas por mucho tiempo y describen lo que resultó mucho más que una relación laboral “tenemos 69 años de estar en la familia”. Se creó y existe aún un lazo familiar, de mucho cariño y apoyo entre sus hijos, nietos y los de don José Marín, se visitan a menudo y están al tanto de las noticias y novedades de las familias.

Otro de los talentos de don Florentino, es domador y montador de caballos, actividad que comenzó con su padre y luego continuó al comprar varios caballos finos. En el año 1976 trabajó en la caballeriza de don Milton Sánchez con caballos españoles y aún trabaja con su hija, Laura Sánchez.

Don Tino ha sido un personaje destacado y por ello fue objeto de un homenaje en el Teatro de la Aduana y también de parte de la comunidad de San Rafael de Heredia.



*Don Tino*

## *Don Francisco: Un Abuelo Muy Querido*

Fue su familia muy numerosa y don Francisco el menor. Transportistas, boyeros amantes del sonar de las bocinas de las carretas, pues cuando adquirían una carreta ponían mucha importancia al sonido de su bocina, tan es así, que si no les gustaba la melodía que emanaba de la bocina, no compraban la carreta.

En muchas ocasiones formaron parte de las caravanas de carretas que transportaban mercadería de Puntarenas al Valle Central, caravanas que duraban varios días, trayectos duros para los hombres y más para los bueyes.

Nos referimos a Don Francisco Montero Cabezas nacido en 1898, quien además de ser boyero fue policía en la Capital, Barva y San José de la Montaña en la época de Los Tinoco. De este último lugar es del que emigra a las partes altas de Montecito, acompañado de su esposa, Elena Cordero Delgado, a quien conoce en el cercano poblado de Buena Vista de San Pablo de Barva.

Cuentan sus orgullosos nietos que Don Francisco montaba un brioso corcel y, al pasar por Buena Vista, observa a una jovencita que nunca había visto pero que le llama mucho la atención. Saca un pañuelo y lo agita con delicadeza saludando a la joven quien toma el suyo y devuelve el saludo. Había nacido un amor de los que son para siempre, esa jovencita era doña Elena con quien se casa y trae al mundo a Efraín, Felicita (Elba), Carmen María, Edwin, Héctor (Mario) Edgar y Salvador.

La familia habita en el norte de Montecito, en la propiedad de don Botto, y trabajaron mucho en las lecherías de José Marín Cañas y de don Botto. Algunos hijos se casan y viven en la zona: Edgar se casó con doña Clemencia Sánchez, nieta de don Reyes y su descendencia vive aún en Montecito. Edwin se casa con doña María Sánchez (conocida como Kito) nieta de la partera Fica. Felicita se casa con don Edwin Chavarría y vive unos años en la zona, luego se traslada a Los Ángeles. Los otros se van a vivir y se casan en poblados vecinos, pero siempre trabajaron y se les vio por muchos años en la zona.

Esta situación anterior es el caso de don Efraín Montero (a.D.g.), quien residía en Getsemaní pero trabajó la mayor parte de su vida en Montecito como carpintero. Construyó muchas casas de los humildes pobladores, en muchas oportunidades ad-honorem, por ayudar a los humildes residentes, persona siempre colaboradora y amigable como también lo fueron sus padres.

El don de servicio ha sido una característica de los demás hijos e hijas de don Francisco y Doña Elena, quienes además de trabajar en fincas hicieron canastos con bejucos, de las montañas del Braulio Carrillo. Estos canastos eran vendidos en la casa, otros en Barba y San José de La Montaña.



*Don Francisco Montero e Hijos*

San José de la Montaña es un poblado que muchos vecinos de Montecito visitaban, en este caso los hijos de Don Francisco asistieron a la Escuela de esa localidad, viajando a pie por el camino empinado que en la época de verano estaba lleno de polvo y en invierno era un barreal.

Un largo y cansado viaje para los niños y niñas de ese entonces, pero a pesar de la adversidad, salen adelante y aprenden oficios; don Edwin se convierte en un hábil trabajador de la soldadura y, el menor, don Salvador es un reconocido ebanista.

Don Francisco es un hombre de palabra- de aquellos años- según nos cuenta su yerno Chavarría, donde “la entrega de un pelo de bigote” era señal de trato y de palabra a respetar, era estricto pero amigable y sincero.



*Don Francisco y familiares*

Hay una actividad de don Francisco que lo hace especial y respetado, la de sobador o “quiropático empírico”. Muchas personas fueron aliviados de tobillos, rodillas, dedos de pies y manos, innumerables los beneficiados de esos dones dados por el todo poderoso en la “Facultad de medicina de la Universidad de La Vida”, pues además lo tituló la “Facultad Veterinaria” de esa misma Universidad, ya que don Francisco sobó o montó extremidades de toros, vacas, terneros y caballos, entre otros.

Con orgullo nos dice “Vince” su nieto, que acompañó al abuelo muchas veces a montar extremidades a los animales, que tenía una habilidad increíble pues como por arte de magia lograba curarlos. Muchas veces tomaba en cuenta la situación del dueño y no cobraba, pero a veces le pagaban bien, saliendo Vince premiado, puesto que el abuelo lo invitaba a la pulpería.

En cuanto a doña Elena, sus hijos y algunos nietos cuentan que fue una señora dulce y comprensiva, quien murió muchos años antes que don Francisco. Las hijas, nueras, yernos y nietos son sus acompañantes al enviudar, sacaron el jugo a sus vivencias, por lo que ahora pueden contar múltiples aventuras de su trabajo como empresario boyero con sus hermanos y como policía.

Esta etapa de su vida no se pueden contar en esta memoria, porque no sucedieron en Montecito, sin embargo rescatamos la enorme admiración y orgullo con el que nos contaron los nietos las vivencias y hazañas del abuelo, señal inequívoca de que fue un gran esposo, padre y un extraordinario abuelo.



*Descendientes Montero Cordero*

## *Canastos y Guitarras*

Procedía de San José de la Montaña, cuyos padres de rasgos indígenas fueron Don Bartolomé Ugalde y Doña María Sibaja. Ellos eran personas sencillas, trabajadoras al igual que don Rafael Ugalde Sibaja, personaje alegre, trabajador, quien llegó a Montecito casado con doña Guillermina Rojas. "Doña Mina" como la conocía el pueblo con cariños, de hermosos ojos de cielo y rostro de lindas facciones, tanto que con solo mirarla se llenaba uno de paz, era la adoración de sus nietos y respetada por todos.

De este matrimonio hubo hijos e hijas que se quedaron en la zona y procrearon una numerosa familia. Los varones, Manuel casado con Doña Sara la hija de Reyes Sánchez, Carlos aDg quien esposara a Marta Ugalde la hija del carbonero, Rafael casado con Gladys la hija de Aníbal el boyero, Elí quien se casó con Yolanda la hija de Moncho Ramírez. Las mujeres, Doña Bernarda casada con Rafael el hijo de don Luis Miranda "Tei" madre de Frank, Elida madre de Eugenia.



*Familia Ugalde Sibaja*

La vida de don Rafael, se destaca por dos actividades, su alegría expresada mediante la música que desarrolló de manera empírica y su trabajo como canastero. Este oficio lo aprendió de niño, de sus progenitores y fue clave para sacar la familia adelante. Don Rafael y su prole habitaron en varios lugares de Montecito, entre ellos la finca de los Valerio, finca La Begonia, finca La Ilusión, la finca de Don León, el "polaco" dueño de la tienda La Palma en Heredia.

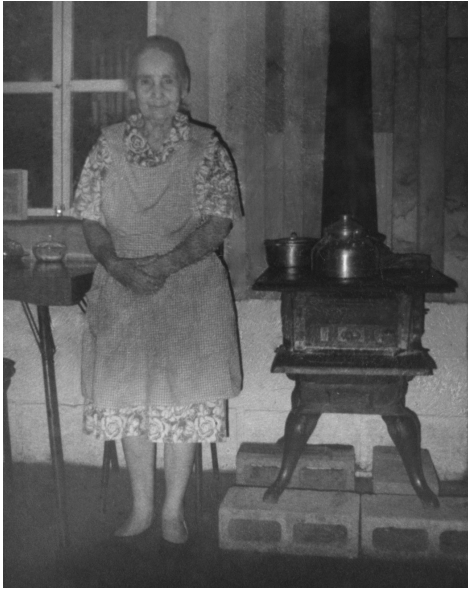
Don Rafael madrugaba, acompañado por sus hijos Manuel y Carlos, a las montañas a traer el bejuco, de diferentes variedades y conocido en ese tiempo como el negro, colorado, de azahar, entre otros. Desafiaban los peligrosos precipicios, el frío y el barro, tarazando alguna tonada. Luego alistaban las cargas e iniciaban el descenso cansados, pero llenos de ilusión con la esperanza de que se venderían los canastos - por encargo- o en los poblados como San Isidro, San Rafael y Heredia centro.

Sus hijos cuentan que fueron duros esos tiempos y que las caminatas, tanto a la montaña a buscar el bejuco como a esos lugares de Heredia a vender los canastos, las hacían a pie. La alegría propia de Don Rafael, acompañada de la bondad de su esposa, fueron las armas para sacar la batalla de la vida y ganar el sustento para el grupo familiar.

Muchas veces a don Rafael lo acompañaban sus hijos mayores Manuel y Carlos, iniciando desde su casa un recorrido de 10 km cuesta abajo, con la carga de canastos y cestas. Cuando se vendía la mercadería, Don Rafael procedía a comprar el diario para las necesidades de la casa.

Las "candelillas" (luciernagas) alumbraban el camino de regreso, así como los cantos de lechuzas y aves nocturnas, que se mezclaban haciendo el coro a los cantos de Don Rafael. Algunas veces algún trago de licor calentaba la garganta y el espíritu de este viaje.





*Doña Mina*

Una vez en la casa, Doña Mina y la chiquillada los recibían con alegría, pues algún dulce vendría entre los víveres y muy pronto la hacendosa mujer e hijas proporcionaban alimento a los cansados viajeros. La luz de una candela proyectaba sombras divertidas en las paredes de madera, dando un matiz acogedor en el hogar. El cansancio llamaba a gritos al sueño y la familia dormía arrullada por la música, que ofrecía el viento en generoso recital, a la familia canastera.

El otro talento de don Rafael, que ya habíamos mencionado, era su habilidad como músico empírico, gustaba tocar la guitarra, muchas veces acompañado de su hijo Manuel, quien también había aprendido a tocar la guitarra y el acordeón. Era difícil imaginar en la naciente comunidad de Montecito una actividad, ya fuese boda, cumpleaños, turno, vela de angelito, serenata o rosario del niño, sin la presencia de don Rafael y su hijo.

A estos dos músicos se sumaban otros, como Enrique Chanto, acordeonista o Ramón Ramírez, entre otros, que llevaban alegría a la actividad. En las frías noches de verano se calentaba el alma con el clandestino licor, se afinaba garganta y se hacían vibrar los instrumentos. El viento hacia lo suyo, chocaban los árboles de ciprés entre sí para llevar la percusión y las personas alegres danzaban en el piso de madera o cascajo pulido, mientras las velas y canfineras proyectaban las sombras en las paredes, dibujando a veces siluetas enamoradas.

¡Era tan alegre don Rafael Ugalde! Llegaba a amenizar las cenas de un turno y amanecía rasgueando el querido instrumento. En aquellas actividades, se ofrecía picadillo, lomo relleno, miel de toronja. Al ritmo y canto de don Rafael y en compañía de algunas de las valientes mujeres que ayudaban en la actividad, se habían bailado un pasodoble alzando el delantal cual capote de torero.

A la comunidad de Montecito le dejó don Rafael un legado de alegría y el arte canastero. Doña Mina, sería recordada como la señora de ojos de cielo, que proyectaba paz a quien la veía. Ambos dejaron una gran descendencia trabajadora, alegres y amigable.



*Descendientes Ugalde Venegas*

## *Una Familia Muy Unida*

Cuando se venía de San José La Montaña y subiendo por la calle que pasa por Flores Del Cerro camino a Montecito poco antes del entronque con la calle Marín Cañas, se encontraba una casita humilde llena de "güilas", que alegres jugaban al mirar cuidadoso de una viejecita llena de dulzura. Ella, con un mirar bondadoso, saludaba con simpatía al caminante que a paso cansado y sudoroso, se aprestaba a llegar a su destino.

Esa simpática abuela era Doña Enriqueta Montero, esposa de Don Rafael Campos, señor también simpático, trabajador y honrado, que gustaba de la agricultura quien trabajó muchos años para fincas lecheras como la de Don Botto.

Este matrimonio fueron padres y también abuelos de una familia numerosa, cuyos descendientes aún pueblan Montecito. Sus hijos Josefa, Julia, Antonio, Amable, Venilda, Miguel y Ana crecieron en esa casita. Josefa, Julia, Amable y Venilda poblaron la comunidad y los otros partieron a otras localidades, pero es común verlos visitar a sus familiares.

La familia se desarrolló muy unida siempre alrededor del calor de los Abuelos Rafael y Enriqueta, los primos se veían como hermanos y se apoyaban mucho entre sí. Siguieron el ejemplo de trabajo de su abuelo y de simpatía y bondad de la abuela. Don Rafael partió primero al cielo y la familia siguió unida, en fuerte matriarcado, en torno a la abuela.

Esta familia tiene muy buena cuchara criolla, muy gustosos los picadillos elaborados por la abuela o sus hijas, los comensales los saboreamos en los rosarios de niños o de ánimas y siempre gustamos más.

Era valiente la abuela Enriqueta, con avanzada edad tomaba el hacha y picaba leña para atizar la cocina, a veces frente a la mirada de algún nieto vagabundo que contemplaba la destreza de la abuela.

Fue tan fuerte el lazo de unión que generó ese matrimonio entre sus descendientes que, pese a la partida muchos de los hijos a otros lugares y el fallecimiento de otros, domingo a domingo y en fechas especiales como cumpleaños y rosarios, se reúnen los primos en torno a Doña Julia - una de las hijas mayores- compartiendo tertulias, comidas, penas y alegrías con envidiable unidad.

Del grupo familiar hay gran descendencia en Montecito. De la unión de la hija, doña Josefa Campos Montero quien se desposa



*Doña Enriqueta Montero*



*Familia González Campos*

a los 14 años con don Antonio González Lara de 24, trajeron varios hijos: Rafael, Alba, Álvaro, Carlos, Xinia, Greivin, Ana y Marvin, algunos han formado hogares en Montecito y tienen amplia descendencia en el poblado. Los otros hijos Miguel, Sonia y Jairo crecieron en el pueblo pero han echado raíces en pueblos cercanos pero mantienen relación con sus hermanos y familiares cercanos.

El matrimonio González Campos habitó gran parte de su vida en las partes altas de Montecito y sus hijos, sobre todo los mayores, asistieron a escuelas del sector de San José de La Montaña, en especial a Paso Llano y se cuenta con bonitas anécdotas de esos años escolares.

Llegaban a la escuela desafiando las dificultades de aquellos años por potreros, bosques y ríos, seguramente protegidos por la bendición amorosa de su madre y también arrullados por los sonoros cánticos de alguna ave que contemplaba el transitar de los niños. Iban descalzos, cargando su "chuspa" de cuadernos, como todos los niños, eran traviesos y, a escondidas de sus padres, disfrutaban de un baño en una propiedad de Don Hermes Sánchez.

Corrían ligero a la salida de clases llegando al lugar mencionado, ponían su "chuspa" de útiles y sencillos ropajes a un lado y a disfrutar de las frías aguas, usando un cauce tipo represa a manera de tobogán por el cual resbalaban. ¡Qué disfrute! Hasta que doña Josefa descubrió la travesura y llegó un día al lugar, sintiéndose descubierta uno de ellos corrió desnudo hasta su casa como duendecillo asustado. Como era lógico, la cariñosa pero estricta mamá procedió a la reprimenda respectiva.

Guardan también recuerdos de los juegos infantiles como "la caza de la danta, se subían a los árboles a coger collosas, murtas, pitos, lengua de vaca, moras y diversos frutos que la naturaleza generosamente brindaba.

Estos nietos de Doña Enriqueta y Rafael guardan memorias de sus abuelos, gustaban de niños quedarse con ellos a disfrutar de la comida, cariño y compañía y también de la de sus tíos y primos. Sin embargo la casa de Don Rafael y doña Enriqueta no contaba con espacio y eran muchos, cuenta don Álvaro que la "competencia" por llegar de primero donde los abuelos y aprovechar el día libre de escuela era tremenda, y él se las "ingeniaba" para tratar de ganar el privilegio de quedarse a dormir.

Con mirada nostálgica del ayer y de niño muy pequeño, nos cuenta don Álvaro que cuando lograba quedarse donde el abuelo Campos aprovechaba que había una cabrita de muy buena producción de leche y se las ingenjaba para tomar leche directamente del ubre de la cabra, acostumbrándose la cabrita de tal forma a ello que cuando lo veía buscaba la forma de acomodarse para darle de mamar.

La familia González Campos habitó en las partes altas de Montecito la mayoría de su vida, muy cerca de las montañas. Doña Josefa mujer trabajadora y valiente en varias ocasiones acompañó a Don Toño a traer palmitos al Bajo de la Laja o al Bajo del

Tigre para ayudar a la dieta familiar. A los hijos les tocaba caminar mucho para ir a la ciudad o al pueblo cercano a realizar alguna gestión o a divertirse.

Las mujeres como doña Alba, Sonia, Xinia y Ana colaboraban con los quehaceres de la casa, alistando desayunos y almuerzos para sus hermanos, que cuando fueron creciendo en su mayoría trabajaron en las lecherías del lugar. Al igual que sus hermanas, doña Josefa era de buena cuchara y de ella aprendieron sus hijas a quienes les gusta cocinar.

A don Toño le gustaba hablar de fútbol, muy bueno para dialogar del tema y de otros puntos de manera alegre y amistosa, con un gran don de gente buena y doña Josefa era alegre, jovial, tenía una voz afinada para cantar y lo hacía bien.

El amor al trabajo, la sencillez la honradez son principios transmitidos a su descendencia. Al igual que los otros primos, los González Campos sacan su rato cada cierto tiempo para reunirse y compartir, recordando y honrando a sus progenitores, logrando así mantener un lazo unido en una familia muy numerosa.



*Hermanos González Campos*

## *Montaña, Búngalo y Alambique*

Procedente de San Francisco de Mata Redonda, llegó la familia Ramírez Carballo, conformada por don Alejandro Ramírez López y doña María Ana Carballo, quienes, primero, se establecieron en Los Ángeles de San Rafael de Heredia con sus niños Antonio, Miguel, Rafael, Mario, Ramón, Luis y Carmen. Y luego, se trasladaron hacia el norte, atraídos posiblemente, por la influencia que tuvo la trocha para comunicar con Guápiles.

Esta familia se adentra por la trocha y empieza a trabajar algunos “denuncios”, tales como el de Martínez, el de Ernesto Espinoza, el de Gómez Miralles y algunos otros más, llegando a lugares de difícil acceso como el Bajo Patria y terrenos muy adentrados en Cerro de Dantas. Se dedicaron a trabajar en lecherías, con madera, haciendo canastos y algunos otros oficios, siempre relacionados con el campo. Al crecer, la familia emigra hacia Turrialba, San Pedro de Barva, San José de la Montaña y otros lugares.

Sin embargo, uno de sus miembros se establece en Montecito y procrea descendencia, que se queda en el lugar. Nos referimos a don Ramón Ramírez, quien muy joven, une su vida a la de doña Dolores Montero, conocida cariñosamente como doña Lola. Ella es hija de don Enrique Montero y doña Ester, quienes habitaron por el sector norte de Montecito, conocido como La Meseta y en fincas de Don Botto. Doña Ester, a su vez, es familia de doña Enriqueta Montero y de don Francisco Montero, ambos mencionados en otro relato.



*Don Ramón y Doña Lola*

El noviazgo fue corto como todos los de la época, se casaron pronto con la bendición dada por el padre Arguedas en la Parroquia de San Rafael de Heredia, con una pequeña fiesta, el sonar de las guitarras y violines, acompañados del silbar del viento, con coro de grillos y croar de ranas en las hermosas montañas, alegrado el espíritu con algún guarito destilado en alambique casero.

La joven pareja habitó en denuncios y lecherías, don Ramón, hombre muy emprendedor y luchador aguerrido, pronto adquiriere un búngalo en las inmediaciones de Alto de los Robles (cerca del cerro Chompipe), lo mejora y lo habita. En este búngalo crece su descendencia, compuesta de nueve niños: Mayela, Teresa, Ramón Gerardo, Ester, Yolanda, Luis, Julio, Jorge y Carlos, algunos nacidos en la casa, bajo la vigilancia de Fica, la partera, y algunos otros, en el hospital.

Doña Lola cuenta como anécdota, que cuando su primer hijo varón iba a nacer, venía de pie; la partera, doña Fica y doña Ester su mamá, estaban ya agotadas por lo difícil del parto y ella lógicamente también. Fica le dijo “¿No tiene un santo al cual tenga mucha devoción?” Trajeron una imagen de San Ramón y la pusieron a la par, y al rato, el niño vino al mundo, de ésta salieron con vida, madre e hijo. Por esta razón, al niño lo nombraron Ramón Gerardo.

Los descendientes de Ramón; Teresa, Yolanda y Ester han poblado Montecito, y los otros, crecieron y hoy habitan pueblos vecinos.

Don Ramón y su esposa lucharon mucho, para sacar los nueve hijos adelante. Llevaban el diario de una pulpería ubicada en San Miguel de San José de la Montaña, pero siempre le quedaba debiendo dinero al pulpero, por lo que tenía que trabajar mucho, para completar el salario; sacar bejuco y grandes cargas de palmito para vender. Cuenta que un día le dijo don Quincho Ugalde- quien tenía una saca- “ ¿Por qué no me ayudás, te pago un poco y te doy otro pago en licor? ”.

Don Ramón aceptó y empezó la labor, a ratos cargando atados de dulce a la montaña, leña seca y demás insumos para la fábrica de guaro. El viaje era duro, pero así inició con el oficio y le ayudó a ganar más reales, para sacar la familia adelante.

Con el paso de los años, don Quincho le ofreció vender la “fábrica”, pactaron un precio y compró los dos barriles de roble de 35 botellas cada uno, la alquitara y demás enseres. ¡Había nacido un nuevo Alambiquero!

Don Ramón se trasladó a vivir al sector de Alto de los Robles, camino a La Uvita muy al norte, frente a la finca La Isla de don Jorge Hernández y familia, cerca del potrero “El chiquizacero” propiedad, en aquel entonces, de Noé Sánchez. Este potrero tuvo su nombre, porque aún hoy, existe una gran cantidad de colmenas de chiquisá y goza de una vista panorámica del Valle Central.

A duras penas adquirió el terreno, trasladó el bungalow al hombro y en carreta, con la ayuda de don Manuel Segura el carbonero, que trabajaba cerca del Alto de los Robles, propiedad de don Marco Tulio Fonseca.

Con el trabajo y el nuevo ingreso producto de la “saca de guaro” que comerciaba, pero con susto grande por el “resguardo” que acechaba como felino a su presa a los alambiqueros de la zona, logró ponerse al día con el pulpero que le abastecía la “comedera” de la familia.

Luego se compró, nada más ni nada menos una motosierra marca McCulloch, toda una novedad en la zona de Montecito acostumbrada al hacha fue, muy posiblemente, la primera persona en la zona en tener esa herramienta.

Con estos dos ingresos, la familia vivió mejor, y compraron un terreno al señor Armando Zamora- hijo de don Pedro Zamora- por el sector donde tenía Marín Cañas la Finca el Cortijo de Badén, poco arriba de los tanques.

Como ocupaba madera, a don Ramón se le ocurrió ir a la Municipalidad de San Rafael y hacer la propuesta de limpiar la calle la Uvita, que estaba llena de árboles crecidos a orilla de la calle y que a cambio le donaran la madera. El municipio acepta, don Ramón y su familia se dedican a la corta de los árboles con la McCulloch, sacan horcones y tablas.

Las mejores tucas las llevó al aserradero local, donde un amigo transportista le cobraba a cambio unos litros de guaro de “cabeza”, del que destilaba en las montañas. La madera le sirvió para construir una casa nueva y vender la antigua a don Miguel Montero. Instalada la familia, continuaron



*Familia Ramírez Montero*

su trabajo con la motosierra y destilando el “guarito” para el sustento familiar.

Su visión emprendedora lo llevaron a montar una pulpería en la casa, atendida por él y la familia. Al cabo de los años aparecieron los yernos y nueras, los hijos empezaron a hacer vida aparte, como es normal, y la propiedad donde tuvo la pulpería se la vendió a Rigo Delgado. Luego, se trasladó a los Ángeles de San Rafael.

Don Ramón le sacó el jugo a la montaña. Llevaba material sobre sus hombros para la construcción de tanques y muros de paja de agua, trabajó con la motosierra y destilando licor. En fin, múltiples labores y siempre con el apoyo incondicional de su compañera Dolores; comprensiva, hacendosa y buena madre.

Pero hay otro don que no hemos mencionado, su buen oído musical, con poquísima escolaridad aprendió a tocar muy bien la guitarra y tocaba en fiestas, serenatas, turnos y demás, se hacía acompañar de otros músicos como Manuel Ugalde, Rafael Ugalde, Enrique Chanto, Álvaro Chavarría entre otros.

Disfrutó mucho de hacerlo, pues lo llevó dentro de su corazón. Su hermano, fue su primer maestro, luego un Colombiano le enseñó un sistema diferente del tradicional para afinar la guitarra y que no conocían los otros compañeros, pero que armonizaba muy bien y sonaba muy bonito.

La enfermedad le juega una mala pasada a Don Ramón, duro golpe para él, pues perdió algunas facultades en sus manos, que le impidieron pulsar bien las cuerdas de la guitarra. No se dejó vencer y aprendió a tocar instrumentos de teclas, que le ayudaron como terapia y, sobre todo, en su espíritu amante de la música. Aprende a tocar teclados y hoy día lo hace muy bien (por cierto, nos deleitó con su música en la entrevista). Un ejemplo de vida para todos.

Los hijos de este matrimonio han aprendido de sus padres la honradez, el espíritu de lucha; a creer en los principios y la moral. Sus numerosos descendientes, hijos, nietos y bisnietos, deben sentirse orgullosos de sus orígenes.



*Don Ramón en el teclado*

## *Un Ciudadano Ejemplar*

Si Montecito debe rendir tributo a un ciudadano es a don Luis Miranda Hernández, procedente de San Rafael de Heredia, casado con doña Criselda Camacho Vargas. Llega el ejemplar matrimonio campesino, católico, sencillo y honesto al pequeño caserío y se establece en una finca al sur del Bosque de La Hoja, por la década de 1940. Posteriormente se asientan en una parcela agrícola 300 m al sur de la escuela el Montecito, donde aún habitan algunos descendientes. Se dedica don Luis a la agricultura sobre todo al cultivo de fresas que vende en Heredia, en la soda de Paco Alfaro, en el Mercado Municipal y a otros clientes.

Del matrimonio de don Luis y Doña Criselda nacen los retoños campesinos alegres, trabajadores y mujeres incansables trabajadoras y buenas madres como son:

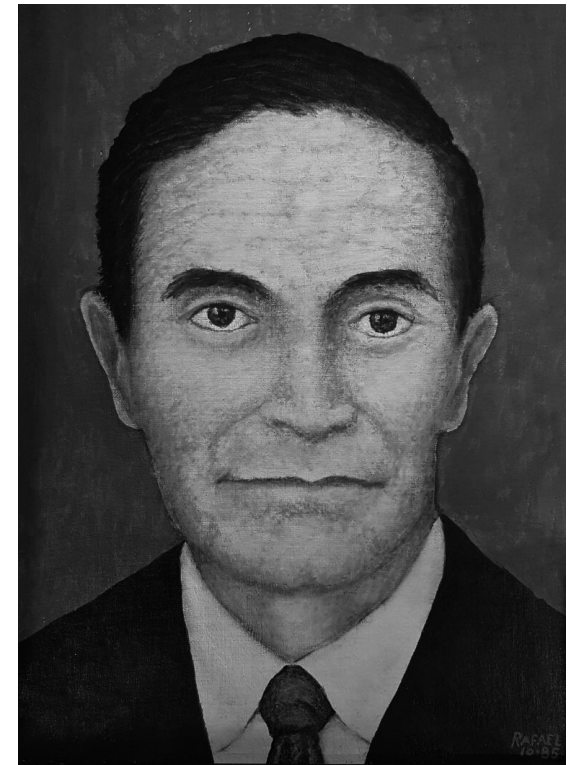
Carlos Luis (Caliche), Belisario (Chino), Juan, Cecilia, Deifilia, (Coca), Rafael, Carlos Manuel (Calión), María, Miriam. William (Pipo). Se unen ellos a hijas e hijos de otros pobladores del naciente caserío y pueblos cercanos, llegando la descendencia de Don Luis y Criselda arriba de los cien entre hijos, nietos, bisnietos y tataranietos.

Sus hijos trabajan desde la adolescencia en actividades agrícolas como el cultivo de la fresa sembrada tanto por don Luis como por Don Jorge Hernández; la recolecta de café y, sobre todo, los hombres en la actividad lechera en las fincas de Marín Cañas, Finca la Victoria de Juvenal Hernández, Ganadera Irlanda de Álvaro Rossi, y otras. Carlos Luis aprende a amansar y adiestrar bueyes para las fincas y Belisario se destaca como Carbonero.

No más llegando al pueblito, don Luis percibe la necesidad de una escuelita, ya que a los niños del poblado, incluyendo los suyos, les toca desplazarse a pueblos aledaños para recibir las primeras enseñanzas, ya sea a Los Ángeles, Getsemaní, Buena Vista o San José de La Montaña.

Se atreve don Luis, acompañado del trabajador de los sacerdotes y hermanos Núñez, a pedirle a ellos un pedacito de tierra para construir una escuelita a lo cual acceden y don Luis, junto al trabajador de los sacerdotes, juegan de topógrafos. A mecate y pasos marcan el terreno en el que se levantaría la pequeña escuelita, donde las cabecitas sedientas de conocimiento empezarán a recibir las primeras enseñanzas de la mano de Don Roger Hernández, maestro rafaeleño y doña Flory Arce, educadora memorable.

No contento don Luis sólo con obtener el terreno, va y conversa con don Roger Hernández, el primer maestro de la escuela, y éste le pide levantar un censo para ver la cantidad posible de educandos. Al ver la cantidad de niños no quisieron esperar la construcción de la escuela y piden a los sacerdotes Núñez permiso para dar clases en un establo. Nace así, cual niño bendito al calor del vaho de las vacas, la naciente escuela.



*Don Luis Miranda*



Junto con otros vecinos como Carlos Ramírez, Florentino Miranda, Aníbal Segura, Rafael Ugalde, Ernesto Vargas, don Luis empieza a pedir madera y materiales para construir la escuela. Quedan aún muchos otros por nombrar.

Una vez construida la Escuela, el gusanillo del progreso inquieta a don Luis. Persona de valores católicos muy altos, ve la necesidad de una congregación religiosa, donde pueda bautizar y casarse la comunidad, ya que las únicas opciones eran Los Ángeles o San Rafael y, eventualmente, cuando venían sacerdotes a celebrar alguna actividad, la capillita del Monte la Cruz que era el Cerro Pelón de aquellos años, que vigilaba y bendecía el Valle Central.

Con el incondicional apoyo de su esposa, don Luis empieza a pensar quién pudiera donar un terreno para una ermita. Toca la puerta de Don Juvenal Hernández, dueño de la Finca La Victoria y le plantea, de manera muy calculada, que si bien es personalmente dueño de poco terreno si no consigue otra donación lo aportaría. Don Juvenal le dice que no, que él sí tiene mucho más terreno y que gustoso lo aporta. Es así que don Juvenal cede de palabra el terreno en el que se hacen inicialmente unos pequeños galerones para dar misa y, muchos años después de la muerte de don Luis y don Juvenal, se levantó lo que es hoy la hermosa capilla de Montecito.

Con el aporte del terreno por parte de don Juvenal Hernández y la guía del padre Miguel Ángel Arguedas, empieza don Luis a pedir donaciones de madera de los finqueros, piedra picada por Belisario del pequeño tajo que está camino al Brasilia, lugar donde se yergue una roca en la que parejas se juran amor eterno contemplando el ocaso del sol que se apresta a dormir. Don Luis hace rifas para buscar fondos y en un cuaderno anota promesas de ayuda de materiales, para la construcción de la capilla.

Luego le plantea al padre Arguedas que la capilla debe llevar el nombre del Arcángel San Gabriel, pues ya que el cantón cuenta con los arcángeles de San Rafael, San Miguel y así se completa la tripleta de Arcángeles. El sacerdote accede y se determina que la capilla llevaría el nombre de San Gabriel el Norte.



*Familia Miranda Camacho*



*Familia Miranda Camacho*

El destino le juega una mala pasada a don Luis y la muerte lo llama sin lograr ver cristalizado el sueño de la capilla a San Gabriel Del Norte. Sin embargo, dejó algún dinero, producto de turnos y donaciones, también materiales, y el famoso cuaderno donde anotaba promesas y compromisos de donaciones.

Al apagarse el motor del entusiasmo de don Luis, se durmió la comunidad en un letargo religioso, del cual despierta muchos años después con otros vecinos que retoman su estandarte de lucha culminando la obra soñada por este luchador incansable, que posiblemente con permiso del creador, contempla en las noches de luna llena las obras del que fue precursor, la Escuela y la Capilla.

¡Gracias Don Luis!

## *Nació en un Establo*

En aquel naciente pueblo de Montecito de la década de 1950, las familias vivían muy dispersas, dedicadas muchas a las actividades agrícolas, las fincas lecheras, el carbón la leña y madera, muchas con numeroso hijos nacidos con ayuda de parteras, por lo que la necesidad de la educación básica y la doctrina religiosa se hacía cada vez más grande.

En cuanto a los servicios de la religión católica a la comunidad, se contaba con una pequeña capilla, erguida cual centinela en el Monte de la Cruz, en la que se empezaron a realizar las primeras comuniones de los pobladores y alguno que otro acto religioso.

Los sacerdotes católicos, los hermanos Núñez, tenían una pequeña finca en el centro del poblado con una cristalina naciente de agua y en esta finquita, dedicada actividades agropecuarias y en los altos del establo, se empezó a dar la doctrina para hacer la comunión, que hoy en día, llamamos catequesis.

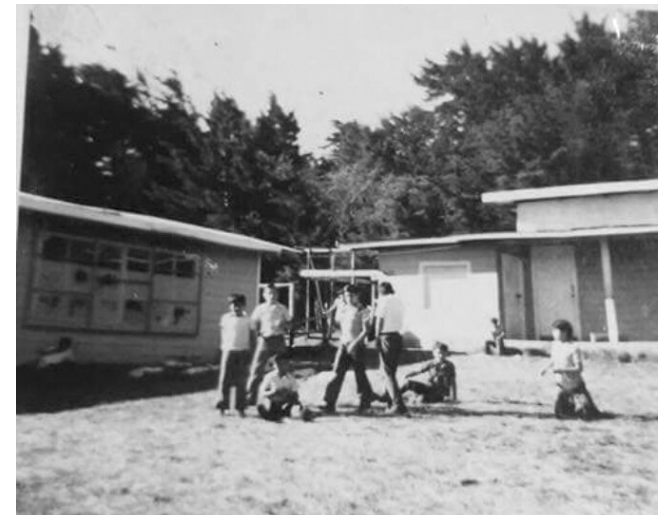
La necesidad de la educación básica para los niños del lugar inspira a hombres como don Luis Miranda, don Carlos Ramírez, don Florentino Miranda, don Víctor quien trabajaba para los padres Núñez, don Paco Chanto, don José María Sánchez, el señor Coto, don Rafael Ugalde y muchos más, a querer crear el centro educativo.

Ante esta iniciativa los padres Núñez permiten que las primeras letras se enseñen en el alto del establo, cerca del año 1958, empezando el primer nivel con pocos niños y niñas y contando con la educadora, la niña Flory Miranda. Para ella y algunos de los alumnos y alumnas poder llegar a la escuela, les toca cruzar, desde el lugar en el que los deja el bus por el sector del Monte La Cruz por potreros con ganado, pasando por piedras del cristalino, pero caudaloso río en esas épocas llamado Rio Segundo.

La educadora inicia lecciones, pero tiene algunas amargas experiencias como la de que al cruzar por la finca de don Juan León un toro le quiere envestir, por lo que ella imparte lecciones una semana y aprovecha para hacer un cambio de escuela con el educador don Roger Hernández, quien impartía lecciones en Concepción de San Rafael y le sirvió el cambio. Don Roger llega a convertirse en valioso baluarte de la educación de este pueblo, continuando la lucha por educar a los niños y niñas en la escuela naciente en el establo ¡cuales niños y niñas benditos!

Ante las gestiones de los padres de familia y otras personas de la comunidad, los sacerdotes Núñez estuvieron dispuestos a donar una parte de este terreno para construir una escuelita, pero también y por el sector del Monte La Cruz, se dio la posibilidad de construir en un terreno del padre Miquel Ángel Arguedas, donde hoy se asienta la taberna de los Ocampo.

A los habitantes del sector Monte La Cruz les favorece más por ese sector, pero los de los sectores cercanos al Bosque la Hoja prefieren el terreno que ofrecen los



*Antigua Escuela Montecito*

Núñez y, haciendo uso de la democracia en forma fraterna y ejemplar, se reúnen las dos comunidades. Sin embargo, por el sector del Monte La Cruz solo llegan tres, don Carlos Ramírez, don Paco Chanto don Chepe Sánchez, por lo que gana el sector cercano al Bosque de La hoja y se decide construir en terreno que donan los padres Núñez.

Por suerte no surgieron protestas y todos empiezan a luchar por construir la escuelita; unos piden madera, otros la jalan con bueyes o en el carro de don Florentino Miranda, otros ponen mano de obra y, para el año 1960, la escuelita está de pie, sencilla como los pobladores de la zona, pero acogedora, cual madre cariñosa que extiende sus brazos para recibir a las humildes hijas e hijos sedientos de conocimiento.

Llegaron los alumnos y alumnas, vestidos de las más sencillas ropas, muchos descalzos otros- muy pocos- con zapatos de hule, por mochila una bolsa de plástico o bolsito hecho de tela por las manos de sus madres o abuelas, algunos rebeldes otros inquietos y otros mansos cual corderos.

Al crecer la docencia llega a colaborar la maestra que fue muy querida por el pueblo, la niña Flory Vargas Arce, quien junto a don Roger, vencen las incomodidades de la zona y forman los primeros graduados de la escuela.



*Generación 1975*

Docentes, padres y madres de la época luchan haciendo turnos para buscar fondos, con el fin de mejorar la institución y cuentan con la gran suerte de tener en la Junta de Educación y Patronato a personas como don Florentino Miranda, don Carlos Ramírez don Luis Miranda y otros quienes se esmeraron por mejorar las instalaciones, dar algún alimento a los niños y niñas, ya que muchos de los cuales caminaban distancias largas, así como ayudar con los útiles a las humildes familias.

A los pocos años se une a este par de ejemplares educadores otro educador, ejemplo también de honestidad, trabajo y amor a la educación, don Mario Zamora Miranda. Este ejemplar trío de educadores sacó adelante a muchos alumnos y alumnas, dando lo mejor de sí, preocupándose no sólo por la parte educativa además por la alimentación, los problemas económicos, morales y demás. Era común, ante la ausencia de un par de días de un alumno o alumna, verlos cruzar los potreros hacia el Monte La Cruz o bien tomar la calle Uvita que por entonces era de lastre en parte y de barro arcilla y cascajo, también subir por la calle el Gallito a buscar al alumno o alumna que se había ausentado (como pastores cuidando un rebaño de ovejitas!

Los sábados, que se daba clases hasta las once, estos educadores se transformaban en niños y, en la placita que tenía la escuela, se armaba la mejenga. Un Grupo con don Roger o don Ricardo Vargas- otro insigne educador que lo sustituyo años después- y el otro con don Mario. Los marcos eran de caña de bambú, la pelota de cuero a veces con remiendo, las niñas de aficionados junto con la niña Flory u Odile Lobo- quien impartió religión muchos años.

Entre los alumnos que jugaban, algunos descalzos y otros con botas de hule, destacaba Carlos Miranda Camacho quien, con las uñas cual lora, jalaba la pelota en forma diestra y le valió el apodo de "dedos de oro". La disputa era ardua, como si fuera una final de mundial, y el equipo que perdía quería revancha el siguiente sábadoieran hermosos tiempos!

Las niñas gustaban de jugar paleta, un juego similar al béisbol, pero sin bate y con una bola de hule. A veces retaban a los hombres, pero costaba vencerlas, jugaban también cromos y jackses, algunas con trompos o yoyo y bolinchas.

A veces se daban retos con otras escuelas, la de Los Ángeles, Getsemaní, Buena Vista, San Miguel o San José de La Montaña y las contiendas eran disputadas, rugían las barras, se sacaba el orgullo del monte y, si se ganaba, se festejaba o bien, si se perdía, se lloraba de rabia y pedía revancha.

¡Qué decir de los turnos de Montecito! Verdaderos turnos, famosa la cuchara de las humildes madres que trabajaban hasta casi la madrugada, preparando tamales, picadillos, olla de carne, lomo relleno, estofado. Como los finqueros gustaban regalar, había carne de ternero en salsa. Los hombres hacían a su vez los ranchos para la bruja, la lotería, la cantina, el hotel, preparando las varas para las carreras de cinta a caballo.

Las muchachas guapas, ya casamenteras, gustaban ser madrinas de las carreras de cinta para dar los premios y ver, si entre los jinetes, que visitaban la zona, había un buen mozo. Más de un suspiro y mirada furtiva se veía, con el cuidado de que la suegrita o suegrito o cuñado celoso, no notara.

Por esos tiempos se vendía licor en los turnos, se ofrecía el tradicional de las cantinas o, para los más valientes, la producción local de Quincho, Ramón, Bosco entre otros más, destilados al pie del Barva, del Chompipe, con aguas muy puras y el dulce nacional. La guitarra de Ugalde y compañía alegraba el ambiente y ¡gritos y suspiros por un romance perdido a floraba muchas veces!

Hubo en ese tiempo un reto grande que desafiaba a los niños y niñas del sector Monte La Cruz, el de cruzar el Río Segundo, muy caudaloso, ya que crecía mucho por esos tiempos y amenazaba con arrebatarse la vida de algún niño, niña, maestro o padre, madre de familia. Fue así como destruyó, en dos ocasiones, los puentes que se hicieron.

La ruta original al Monte La Cruz ha variado mucho. ya que ahora se toma hacia el sur de la escuela, pero antes era hacia el norte. Se salía de la escuela y a 400 m, a mano derecha, se ingresaba a una calle de tierra hoy olvidada. Se avanzaba por ella unos 600 m y se llegaba a la casita que habitaron don Celimo, Chepey, de último Lencho Sánchez. Se pasaba por medio jardín luego de cruzar el riachuelo- llamado paja Flores o Río Chana- por puente de tierra y raíces (que es el que se une al río segundo por la Joya). Luego se caminaba uno 800 m por potreros de finca de don Juan León (padre del famoso ganadero Beto León) y algunas veces había alguna vaca o novillo bravo, que había que burlar. Finalmente se llegaba al margen del Río Segundo-donde está el árbol de Matasano.

Es ahí cerca donde se plantaron los dos primeros puentes, el primero hecho con árboles, pero que en una crecida el río se lo llevó. Don Mario Zamora entonces realiza gestiones en Heredia y consigue un chasis y, junto con los padres de familia, lo instalan. Sin embargo, en un temporal de esos bravos de la época, el cristalino río, se embriaga de agua chocolatosa y espumosas que baja de las laderas de la montaña, arrebató un árbol y se arma con él usándolo como cornamenta de toro bravo. El Río Segundo, bramando enfurecido, embistió el puente, hiriéndolo de muerte y quedando destruido.



*Niña Flory*

Desolados los padres y maestros ven con rabia el río que, luego del temporal con agua de nuevo cristalina con el sonar de un coro ranas que al chocar de piedras dan una suave percusión, parece pedir perdón y susurra que no lo vuelve a hacer. Efectivamente, no lo volvió a hacer, pues se construyó otro puente más abajo, 10 m antes de que las aguas se precipitan en la catarata en la parte angosta, pero alta. Por años pasan los niños, niñas y visitantes por allí, donde se escucha las aguas estallarse con la sólida piedra al caer al precipicio.



*Don Mario, Exalumnos y otros*

# Reunión de Amigos

Añorando el pasado

Sentados en las mesas acogedoras del Restaurant de Álvaro Hernández se reunieron a recordar con nostalgia, mientras saboreaban un café con sabrosos bocadillos, varios de los fundadores de Montecito agrícola de años atrás. Entre ellos don Jorge Hernández y familia, doña Cavita y familia, doña Amelia Orosco y su hijo Jorge y doña Lilian esposa de don Ben (QGDG).

A don Jorge Hernández lo hemos mencionado brevemente en algunos relatos, fue la persona que trajo la fresa a la zona y al país y también cultivó papa importada de Canadá, duraznos, hortalizas y tuvo una pequeña lechería en este lugar. Estos terrenos eran de su familia, ubicados unos por el camino de la Escuelita unos ochocientos al norte de esta y otros por lo que conocemos como Calle Marín Cañas, frente a los potreros conocidos como Echandi, hoy propiedad de Doña Lilian quien comprara a Rossi.



*Reunión de amigos*

Con la fresa logró gran acierto y cultivó por años este producto, generó mucho trabajo, sobre todo a las mujeres campesinas del lugar. Don Jorge y su esposa fueron vitales para el desarrollo del cultivo y muchas mujeres del lugar recuerdan ese trabajo con cariño ya que les permitió colaborar con el presupuesto familiar. Algunas de estas mujeres, entre muchas, son las procedentes de las familias Sánchez Ramírez, Chavarría Calderón, Sánchez Chanto, Miranda Camacho. Muchachas procedentes de Buena Vista venían también a laborar a los fresales como las Díaz y las Zarate así como varios muchachos de la época.

Don Jorge exportó fresa a Estados Unidos, Gran Caimán, Nicaragua, San Andrés y le tocó abrir el mercado nacional pues le vendía a Helados Americanos hoy POPS, a la Dos Pinos y Jaleas del Trópico entre otras con el nombre de Monte Azul.

La fresa es un cultivo delicado y frágil, susceptible a la humedad, por ello utilizó la técnica de cubrir la era o lomo, en la que se cultivaba la fresa, con cascarilla de café y luego granza se arroz. La mano femenina era mejor para tratar la planta y para recolectar el producto, que lo hacían en baldes metálicos. Don Jorge desarrolló una técnica de empacar en cajitas de madera muy delgadas, grapadas, que se cubrían con un plástico sujetado con una liga. Se les quitaba el pezón y se lavaban muy bien para quitar impurezas y se vendían en el mercado local para hacer helados y batidos.



*Fresas Don Jorge H.*

En su lucha emprendedora en cultivos, don Jorge contó con el apoyo incondicional y vital

de su esposa Doña Margarita, sin lugar a dudas su mano derecha, mujer de gran belleza y luchadora incansable. Este trabajo en conjunto permitió el éxito, tanto en la agricultura como en el desarrollo de su familia y la educación adecuada de ellos.

Por lo que hemos relatado se nota que don Jorge Hernández Vargas ha sido una persona estudiosa y observadora, pues logró también descubrir un zacate especial de pastoreo al que llamó De San Juan y esto con la ayuda de un colaborador suyo, Don Nahúm Valerio. Se involucró también en la apertura del camino conocido como Marín Cañas, colaboró con la Escuela y Capilla en sus diferentes etapas.

Conocedor a plenitud de los primeros pioneros de la zona y cual libro abierto, don Jorge recordó algunos personajes con los cuales interactuó en aquellos años de dura lucha: los Barrantes, los Acosta, don Rafael Campos, don Jacinto Camacho, don Aníbal Segura, don Juan María Solera y don Macario Rojas, entre muchos otros.



*Doña Margarita de Hernández e hijos*

Lastimosamente hoy en día nadie cultiva fresa en la zona y muchos jóvenes ignoran el éxito alcanzado en este cultivo. De hecho, ni se imaginan que fue en este lugar donde se introdujo la fresa al país ni que fueron sus abuelas quienes con sus manos acariciaron el dulce fruto para empacarlo y enviarlo fuera del país y al mercado nacional. Desconocen que la fauna del lugar, yigüirros, ardillas, zorros tenía un postre de fresa en su dieta diaria.

En la parte norte de Montecito en una pequeña lechería don Jorge, por entretenimiento, hacía algunos quesos. La familia aún conserva una finca llamada la "Isla", donde pasta aun ganado y hay caballos, crecen ahí jugosas moras silvestres recolectadas por algunas familias para su consumo o las venden para redondear su salario. La vegetación de esta finca es muy autóctona, por su cercanía a la zona montañosa sobre todo del cerro "Chompipe" y se ven hermosos árboles cubiertos de musgo muy blanco, algunas orquídeas y helechos y en sectores se observa el paisaje del Valle Central.

Luego de escuchar a don Jorge, el grupo de amigos procedió atentamente a escuchar las vivencias y recuerdos de doña Cavita de la familia Raventós, quienes comenzaron visitando la zona en paseos familiares en el año 59. Disfrutaban del aire y tranquilidad del lugar y su esposo, don Gonzalo Raventós, quiso comprar una propiedad. Se presentó la posibilidad de la finca de don Macario Rojas agricultor originario de San Nicolás de Cartago quien tenía en este terreno flores. Doña Cavita dice que habían gladiolas y que "quedaban eras y a pura máquina de cortar zacate" se aplanó el terreno.

Al inicio no tenía casa donde quedarse pero contaron con "una bodeguita con un pedacito de piso donde tirábamos los colchones para dormir". Ella cuenta dos anécdotas en relación con la poca agua que tenían en la propiedad por lo que ayudaba a su esposo a subir un tubo para que llegara el líquido. Vestía "muy elegante, con un pantalón blanco" y con el esfuerzo se fue rodando saliendo "toda llena de tierra". Un día la encontró un vecino, en la parte baja donde había un riachuelo y al preguntarle que hacía, dijo "aquí lavando trastes".

La finquita de la familia Raventós se le conocía como "Kilimanjaro", tenía unas zonas de hermoso zacate duramente trabajado por ellos y por don Belisario Miranda y familia que habitaron allí por varios años. Sobre todo, un bosque hermoso de ciprés que

perfumaba el ambiente y que en la noche daba un ambiente especial. No había alumbrado público, sólo las “candelillas” ofrecían generosas su luz, en noches de hermosa luna llena los rayos de luz se filtraban y, con la música ofrecida por el choque del viento en el ciprés y el sonido de alguna lechusa en el ambiente, invitaba a todos al juego de “escondite”.

Hay una linda anécdota al respecto, en estas noches jugaban al escondite los cuatro hijos e hijas de doña Cavita, amigos que llegaban y otros de la localidad y el abuelo quien se escondía detrás del primer ciprés que encontraba, como era un señor un poco pasado de peso siempre fue fácil encontrarlo y solía decir “que raro que siempre me encuentran”.

La familia Raventós impulsó el patinaje sobre hielo en el Castillo Country Club y gracias a ello habitantes de la comunidad de Montecito y lugares vecinos vieron lindos espectáculos, pues se hacían presentaciones gratuitas para los empleados y familiares. Doña Cavita cuenta que hacían viajes a Estados Unidos para traer las telas para los trajes de los espectáculos.

La finquita “Kilimanjaro” fue vendida, pero la familia siempre ha estado unida a este lugar, colaborando con actividades cuando se les pide ayuda en el negocio que tuvieron en Heredia como en el que tienen ahora camino a Barva llamado “Las Cavitas”.



*Don Lalo Orozco*

Esta reunión de amigos fue un hermoso espacio en el que las familias pudieron compartir recuerdos de los turnos que se realizaron en “las Chorreras”, en un potrero llamado “La Manzana” y que se hacían para recaudar fondos para la Escuela, la Ermita y una caseta de la Guardia Rural. En estos turnos se realizaban carreras de cinta, las argollas, los mecatés, la bruja y no podía faltar la música. Se vendían queques y pasteles decorados con fresas, con chocolate pues se lucían con un puesto de sólo repostería.

Recuerdan que “no daba pena pedir para una buena causa” y pedían donaciones a amistades y negocios de Heredia para la surtir la bruja, como juegos de vasos, platonés y hasta un lomito para la comida que se vendía. El grupo reunido continuó recordando las vivencias y convivencias con la Familia Orozco, constituida por don Lalo, su hija Amelia y los dos hijos de ella, Jorge y Ronald.

Doña Amelia tuvo la primera pulpería de la localidad que fue “improvisada”, excelente cocinera conocida por sus cajetas que son famosas, sus gallos, olla de carne y reconocida por todos por ser una mujer generosa y amable.

Su padre, don Lalo, llegó a trabajar en Las Chorreras desde Getsemaní en la década del 60 para trabajar en esta finca cuyo nombre fue dado por el agua que surgía en chorros. Entre doña Amelia y su padre lavaban los tanques y aceitaban los candados del portón de entrada y cuentan que el portón de hierro origen de la entrada fue diseñado y trabajado por don Rafael Sequeira.

La familia se instaló en una casita “sin cielo raso, de ventanas de madera, sin agua y sin luz” y ella se ayudó vendiendo comidas a los jefes de los Boy Scouts que venían al Bosque de la Hoja regularmente, pues muchas escuelas del Valle Central venían a reforestar, generalmente en la celebración del día del árbol.

Doña Amelia describe una vida de mucho trabajo “¡la maltratada que me daba!”, cogía café en Getsemaní, Buena Vista y la finca de don Pedro que quedaba por donde hoy llamamos calle Real de La Hoja alistando comida antes de salir para llevar a los



cafetales. No sólo se dedicaba a faenas agrícolas como ordeño sino también a las ventas pues vendía ropa de casa en casa así como comidas.

A veces regresaba a su casa tarde y por la oscuridad llevaba “una candela en un tarro de avena para alumbrarme”. Don Lalo salía a Heredia a hacer las compras y usaba una gran alforja de cuero que ponía sobre sus hombros, caminaba desde la “Flecha”, donde está la caseta de policía turística frente a lo que fue el Salón Brasilia pues en esos años no había bus a Montecito.

Doña Amelia además tuvo tiempo y disposición para dar a la comunidad, era voluntaria en la Escuela haciendo la avena para repartir a los niños(as) y hacía la comida para los invitados que llegaban al centro educativo. Gracias a ese esfuerzo de mujer valiente, logró que sus dos hijos fueran a la escuela, al colegio y más. Una vez que la familia salió de la casa en el Bosque La Hoja y con su esfuerzo, construye una casa cerca de “Los Peroles”, donde actualmente vive, gozando aún de mucha vitalidad.

Otra vecina de Montecito que comparte sus recuerdos es doña Lilian quien con su esposo, don Ben y su hijo Michael de doce años, llegó en 1986 a Costa Rica desde Aruba, cambiando totalmente de clima y de paisaje. Don Ben viajaba a Panamá y allí escuchó cosas positivas de Costa Rica para realizar a nuestro país un primer viaje y luego la pareja visitó muchas partes de Costa Rica hasta decidir la compra de una propiedad grande en la Calle Marín Cañas, con la idea de compartirla con otro familiar de don Ben y finalmente, en el año 1987, vendieron todo en Aruba para asentarse en C.R.

Doña Lilian dice que al inicio estaba “lo más infeliz, no hablaba español, y esta era como una isla pequeña donde llovía mucho y sólo conocíamos a los Hernández”. Les tocó vivir en la casa del peón, sin condiciones adecuadas, “lavaba la ropa en el baño”. Poco a poco introdujeron mejoras en la propiedad como la construcción de un lago, de un pozo que aún abastece de agua y un tanque. Cuenta la anécdota de que para encontrar agua y construir el pozo se buscó a “un padre que buscaba agua con unos palos”.

Sin embargo no le fue difícil adaptarse y pronto estaba comiendo y disfrutando mucho el “gallo pinto” y luego la pareja se sumó al grupo de vecinos que colaboraba activamente con la Escuela El Montecito a la cual continúa brindando apoyo. Han invertido en la zona, comprando la casa que habitó la Condesa y el Conde Tattembach por el sector del Monte La Cruz, una bella propiedad dormida al pie del cerro “Chompipe” que reconstruyeron para luego venderla.

En el año de 1991, doña Lilian inició un trabajo voluntario en El Refugio de animales en San Rafael, que en ese tiempo tenía una situación económica “de pérdida”. Comenzó a conversar con autoridades en Inglaterra para mejorar esta situación, brindando primero servicios como el corte de pelo de mascotas. Cuenta orgullosa que tiene 25 años de realizar esta labor como parte de una Junta Directiva.

Al avanzar la noche los amigos que han compartido los recuerdos y tertulias se despiden, con cierta nostalgia pues la conversación los ha llevado a un pasado lleno de recuerdos, de luchas compartidas y de una amistad que ha perdurado en el tiempo.



*Doña Cavita y amigos*

## *Sueños de Comunidad*

Llegaron procedentes de Heredia y alejándose de la ciudad, que empezaba a crecer con más bullicio, les gustó el sector de San José de la Montaña, ya para esa época, se estaba poblando bastante, y por eso, optaron por un lugar más tranquilo, verde y frío.

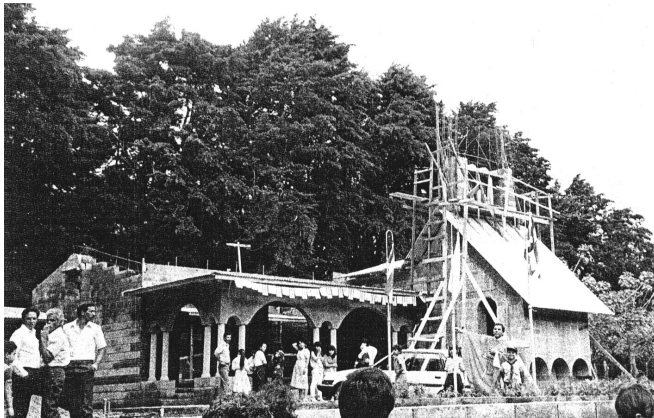
Es así como la familia Sequeira Ramírez, se establece en Montecito, inicialmente en una propiedad comprada al lechero don José Sánchez Paniagua, de esta forma se hacen vecinos de la familia Cortez Ojeda.

Son don Rafael y doña Ángela, un matrimonio ejemplar, siempre amables y serviciales. Fueron ejemplo en la comunidad de cariño, amor y unidad.

De ellos nacieron varios hijos Rafael, Warnes, Carmen, Josefa, Ricardo y María. Se destacan por su laborar comunal, sobre todo don Warnes y su padre don Rafael, quienes siempre contaron con el apoyo de doña Ángela, los otros hijos, cónyuges y nueras.

Siempre tuvieron el sueño de crear un pueblo, de contar con comunidad, de tener unidad y pensamiento colectivo, por ello dieron muchas luchas por mejorar caminos, tener puente, acueducto y, en lo social, contar con educación, seguridad y un templo.

Hubo dos obras en que se vio plasmado su esfuerzo, la primera la construcción del EBALS, que funcionó por un tiempo y que tanto ayudó a los pobladores más sencillos y desvalidos del poblado. Luego, por razones quizás válidas según criterio político pero injusto desde el punto de vista social, las autoridades de salud acaban con el beneficio y los pobladores deben recibir asistencia médica en los Ángeles y San Rafael.



*Proceso construcción de la capilla*



*Don Rafael y Doña Ángela*

Un hecho lamentable para la comunidad de Montecito, pues obliga a muchos pobladores, algunos con varios calendarios encima; de paso lento, cansado y trémulo, y a otras con el vientre lleno de una semilla angelical gestada en las noches frías bajo las sinfonías que trae el viento, a salir de madrugada a recibir atención médica, bajo el mirar de las estrellas que se aprestan a dormir.

La Ermita de San Gabriel, fue una ilusión que empezó don Luis Miranda y la culminó con gran éxito, varios años después, don Warnes y Don Rafael, secundados por el Padre Figueroa y algunos pobladores hombres y mujeres de empeño, se erigió en un terreno donado por la familia Hernández Ocampo.

Esa pequeña joya arquitectónica, adornada por el paisaje verde, que miraba hacia el Valle Central como dándole su bendición, se ha convertido en el lugar donde

muchas parejas, de todo el país y del exterior, quieren unir sus vidas, dar un sí al amor bendecido por Dios y salir de ella con la más linda ilusión.

Esta es la historia de nuestra joya religiosa, contada por don Warnes Sequeira:

El 15 de agosto del 2008, la Capilla en honor a San Gabriel Arcángel, celebró el aniversario número veinte de su construcción, fue construida el 15 de agosto de 1988.

“En los años setenta, la comunidad sintió la necesidad de edificar una capilla en el lugar y fue el señor Luis Miranda Barquero vecino del lugar quien no escatimó tiempo e interés en este propósito con apoyo de los vecinos”.

“En esta época con anuencia de la familia de don Juvenal Hernández, se permitió que en su propiedad se levantara un cobertizo para celebrar la misa dominical”.

“Alrededor del año 1980 se levantó una estructura más formal en el sitio donde actualmente se encuentra la capilla, pues la nueva se construyó conservando la original en su interior, la cual fue demolida hasta que la actual entró en servicio”.

“...con cierta periodicidad se llevaron a cabo actividades diversas para recaudar fondos tales como ferias, competencias deportivas y otras, lo que permitió establecer un fondo para el inicio de dicha obra”.

“Con la llegada del Padre Eliécer Figueroa Quesada a la curia de San Rafael se establecieron diálogos para estudiar la factibilidad de la obra”.

Nota: Del Padre Eliécer se dice que fue su forma de ser, abierta y sincera, que motivó a la comunidad en su tarea de contar con un templo.

“Por mi parte, como responsable de la obra, la colaboración decidida de mi padre Rafael Sequeira Vargas y desde luego los vecinos del lugar, tanto residentes como visitantes fue muy alentadora”.

“Las campanas instaladas en la torre fueron donadas por un distinguido vecino de origen italiano, gran colaborador don Duvilio Cavalli”.

Nota: El señor Cavalli encargó a la señora Beatriz Arias Lazo, residente en México y pariente de don Warners, establecer los nexos en ese país para la fundición. La diputada Hilda González donó el hierro para el techo mediante partida específica.

“Resto de las donaciones fueron un gran esfuerzo de los vecinos, quienes con mano de obra materiales u otros hicieron posible la obra”.

Don Warners menciona que su diseño es “un poco fuera de lo convencional pero con respeto a las normas litúrgicas del momento, empleo de materiales como botellas en vitrales, lámparas, vía crucis y otros que le dan un toque diferente que gusta a los visitantes”.



*Padre Eliécer Figueroa*

“...el conjunto arquitectónico pretende dar albergue a tres actividades básicas y necesarias para el desenvolvimiento de la comunidad”:

1. Un templo a San Gabriel y aulas para catequesis.
2. Un anfiteatro para lo cultural.
3. Un área para cancha multiuso.
4. “cobertizo” o rancho para las actividades de recaudación de fondos y menciona especialmente a “las Vicentinas que particularmente me merecen un gran reconocimiento”.

“Debo ampliar lo anterior con el comentario, de que contiguo a este templo que ya hoy se encuentra debidamente catastrado y escriturado a favor de las Temporalidades de la Curia Metropolitana se encuentran construidas un grupo de facilidades que actualmente dan albergue al EBALS, el Bazar de las Vicentinas, Salón Comunal, Biblioteca y otros servicios que formarán parte del patrimonio comunal.

Se evidencia en todo lo relatado anteriormente, el espíritu colaborador de la familia Sequeira Ramírez en cuanto a lo relacionado al progreso comunal.



*Familia Sequeira Ramírez*

## *Carbonero, Hachero Y Más*

Originarios de San José de La Montaña llegaron don Manuel Ugalde y doña Teresa Zarate, quienes se establecieron camino a Getsemaní frente a la entrada de la finca de don Mario Arguedas, colindante con la finca La Victoria, de la familia Hernández.

Ellos son los progenitores de Esmeralda (conocida como Lala) y casada con Quincho Ugalde, de Marta casada con Carlos Ugalde, de Flora casada con Juan Manuel Sánchez (conocido como Juancho) y de Lucila casada con Belisario Miranda (conocido como Chino).

Otros de sus hijos e hijas son Elsa casada con Francisco Delgado (conocido como Pacho), de Enrique casado con Francisca Villalobos, de Javier casado con Aurora Sánchez (conocida como Macha) de Gilberto y Manuel.

Don Manuel, hombre muy trabajador, laboró varios años en la finca de don Marco Tulio Fonseca cerca de Chompipe, caminaba largo trecho desde su casa que estaba situada camino a Getsemaní. Durante muchos años lo acompañó Gilberto, el hijo menor, a quien se conoce cariñosamente como Betico, subían por la calle La Uvita en sus tertulias diarias.

Como muchos hombres de la época, don Manuel le gustaba mascar cuecha y era un buen hachero a quien le gustaba contar historias, esta tal vez pintada con la pluma jocosa de aquellos tiempos, que decía "Había un árbol de roble en la finca de Don Marco Tulio cuyo diámetro ocupaba tres hombres de brazos grandes para abrazarlo". Don Marco Tulio gustaba ver el árbol y decir "lástima que no haya un hombre para este palo".

Escupiendo la cuecha y mascando de nuevo, don Manuel seguía el relato diciendo "me pico, me pico" y, un lunes, él y Betico afilaron hachas, se llevaron dos baldes de agua fría, de esa que hay en esas montañas, y empezaron a voltear el árbol a dos hachas. Cuentan que cuando sus cuerpos sudaban por el esfuerzo y la hachas se ponían calientes al cortar el roble, las metían en los baldes de agua fría y el agua hervía y hacía burbujas por el calor de las hachas. Una vez frío el metal, volvían a voltear el árbol hasta que el gigante roble emitió el grito doloroso de agonía y cayó.

El fin de semana al llegar el patrón, don Manuel le preguntó "¿No quiere ir a ver el palito?". Don Marco vio el gigante caído ante el esfuerzo de los hombres y, para culminar su historia, dice don Manuel que don Marco Tulio siendo un hombre grande, se acostó sobre el corte del árbol y "isobró espacio!".

Los hijos, tanto varones como mujeres, fueron y son muy trabajadores: Manuel, "Melli" como le dicen, era hábil con los bueyes, pues su padre le enseñó a amansarlos\*. Don Manuel además hacía barzones muy resistentes. El otro hijo, Javier, empezó a trabajar con



*Don Manuel y Doña Teresa*

vacas y laboró muchos años con los Hernández de la finca “La Victoria”. Con gran esfuerzo se fue haciendo de sus vaquitas hasta lograr montar a los años su pequeña lechería, que luego dejó con nostalgia por problemas de salud.

Las mujeres eran hábiles en la cocina: Doña Flora trabajaba en el campo, con las fresas y la siembra de zacate. Lucila fue “portera” en la escuela y además muy buena con el hacha haciendo carbón, un oficio que aprendió de don Manuel y siguió con “Chino Miranda”, quien fue su primer esposo. Las demás Marta, Elsa y Lala fueron y son muy trabajadoras.

Hemos dicho que Don Manuel hacía carbón y, sin lugar a dudas, muy buen carbón. Durante mucho tiempo lo hizo a la orilla de calle, camino a Getsemaní y era común ver las pequeñas chimeneas de humo que emanaban de las carboneras, como si fuera un volcán naciente. Cuando la gente bajaba hacia Getsemaní y Buena Vista en épocas de cogidas de café, veían a don Manuel y familia en la labor de carbonero.

Hemos dicho que don Manuel fue boyero, carbonero, hachero y canastero pero también fue “sobador” de animales al igual que Don Francisco Montero, en fin, se puede decir que fue “todo terreno”. Ah y gustaba del traguito clandestino u otro y le decía “Teresa otro mechazo”, cuando le pedía a su esposa, que le sirviera otro.

Su esposa doña Teresa fue una gran madre, trabajadora, muy religiosa y querida en el pueblo. Siempre que podía asistía a rezos del niño, velas, novenarios y perteneció a grupos religiosos. Doña Teresa lavó siempre a mano, nunca tuvo electricidad en su casita y conservó hasta el fin de sus días las carnes saladas al humo, alumbrándose además con candela y canfinera.



*Familia Ugalde Zarate*

# *De Muy Buena Madera*

Los descendientes de Reyes y Anita Carvajal

El matrimonio de don Reyes Sánchez y doña Anita Carvajal formó una familia numerosa y trabajadora, ella originaria de Barva y él de Los Ángeles de San Rafael de Heredia, pareja que trajo al mundo 14 hijos: Etelgibe, Belarmina, Carmen, Gonzalo, Juan, Romelia, Celina, José Luis, Carlos, Alicia, Sara, Homero, Luis Paulino y Emérita.

Cabe destacar que quienes más aportaron pobladores a Montecito son Juan, Sara, Romelia, Celina, Carlos y Homero.

Las familias de Homero, Carlos, Romelia y Juan habitaron por largos años en el sector cerca del puente del Río Segundo, y de este último aún habitan allí descendientes, que son doña Sara casada con don Manuel Ugalde, quienes procrearon una numerosa familia: Hijos, nietos, bisnietos.

Don Carlos se casó con Doña Rosario Espinoza, a quien conoció en San José de La Montaña y hay descendientes de ellos cerca del restaurante “Los Peroles”, su hija Inés casada con Fernando, nieto de Don Luis Miranda y Romelia casada con don Guillermo Sánchez (conocido como Memito). Hay descendientes de don Juan, quien se casó con doña Amada Ramírez y viven cerca de la Iglesia de San Gabriel, así como su hija Clemencia y familia, quienes viven por el sector de la calle Marín Cañas.

Don Reyes tenía un terreno cerca del sector conocido como el Brasilia y allí se establecieron doña Celina y doña Ester y la descendencia de ellas. En este sitio, actualmente se yergue altiva, una antena de comunicaciones.

Sin lugar a dudas, una descendencia gigantesca la del matrimonio Sánchez Carvajal y que fácilmente supera, según estiman sus familiares, más de cien nietos y unos doscientos bisnietos. Como la gran mayoría de las primeras y segundas generaciones de esta comunidad, sus hijos e hijas llegaron al mundo en sus casas, asistidos por parteras y familiares.

Fueron muy longevos don Reyes y su esposa, como nos cuentan sus hijos él llegó a los 92 años y doña Anita a los 88, ambos de una madera especial tan fuerte como el roble y la mayoría de su descendencia, forjados con el duro trabajo del campo.

Don Reyes e hijos trabajaron en sacar madera, que llevaban a los aserraderos para su venta, en carreta tirada por bueyes en los difíciles caminos de aquellos años veinte. Cuentan sus descendientes, que don Reyes fue a Aserri a traer semilla de ciprés para sembrar en sus propiedades y, de su trabajo duro y forzado, la familia llegó a tener más de 20 manzanas.



*Don Reyes Sánchez*

Trabajaron también en ganado y agricultura, sembrando maíz, caña, frijoles. Algunos como don Carlos trabajaron con bueyes, otros fueron lecheros como don Juan quien además tuvo cultivos, vendió carbón con sus hijos Rafael, José y Adrián. Don Homero compraba quesos en zonas alejadas del Valle Central, desafiando malos caminos y precipicios, para venderlos en Heredia.

Miguel (qDg), hijo de don Homero, tuvo un Bar en ese sector del Río Segundo llamado “Cipreses”, que se caracterizaba por tener unas cabezas de ganado desnudas de piel, cual calaveras orgullosas luciendo altivas sus grandes cuernos, a la usanza de rancho vaquero.

Las mujeres de esta familia han sido trabajadoras, no sólo como amas de casas y con buena escuela por parte de su madre, sino que también trabajaron duro al lado de los varones, para ayudar a sus padres.

En cuanto a doña Celina, era común verla vendiendo flores y moras, buen ejemplo de trabajo de sus abuelos y padres, don Juan y doña Amada, quienes trabajaron mucho en los fresales de don Jorge Hernández.

Doña Sara trabajó duro al lado de su esposo, primero en la propiedad que fuera de don Enrique Echandi y su descendencia. Relatan sus hijas que en aquellos años entraba “la cazadora solo dos veces y hasta la escuela” y que el día que compraban el diario “mamá subía calle arriba montada en su yegua Ceniza, con el diario a cuestras” acompañada de su esposo o alguno de sus hijos “que venían a toparla”.

A manera de recuerdo de esos tiempos, la propiedad de los Echandi estaba camino a la montaña, por el sector de Calle La Uvita y a un costado de la finca “Villa Delia”, que hoy se conoce como el Residencial del Monte, es decir, donde se encuentra el Restaurante El Tirol.

Don Reyes tuvo también una propiedad conocida como el “Encierro de Reyes”, situada por el sector de Quebrada de Monje, subiendo por la calle que pasa frente a lo que fue el Hotel Barbizón y rumbo a donde estuvo el aserradero que hoy en día, es una especie de reserva biológica, propiedad de una entidad norteamericana.

Esta propiedad de don Reyes es muy interesante, por estar muy cerca de una laguna en los terrenos, que fueron del Conde Tattenbach. La misma tiene algunos “ojos de agua” que deben ser parte de las corrientes, que dan vida a la laguna del Conde y la del Barbizón y deben filtrarse del cercano Cerro Chompipe, que mira a poca distancia esas propiedades, cual guardián celoso.

En esta propiedad don Reyes encerraba parte de su ganado, que fue producto del esfuerzo en conjunto con su esposa, hijos e hijas; que permitió a estas familias no sólo cultivar y tener ganado, sino construir sus casitas en terreno propio.

Don Reyes era alegre y le gustaba arrancar melodías a la concertina\* así como a otros instrumentos con sus amigos y familiares. Su hijo José Luis, heredó muy buena voz y cantó con un trío llamado “Maravilla” en la “Esmeralda”. Don Reyes también gustó de tener sus caballos de “buen ver”, para pasear por la comunidad y lugares vecinos, amor por los caballos que heredó muy bien su nieto



*Doña Anita Carvajal*



Fernando, hijo de Romelia (doña Mela), un hombre alto, fuerte, como su abuelo; quien siempre tuvo caballos y participaba en las carreras de cintas, en los turnos de los pueblos de la zona.

Los nietos y nietas expresaron un gran orgullo y admiración por ellos, mencionan que gracias a ese esfuerzo de trabajo, todos tuvieron la oportunidad de vivir en lo propio.



*Familia Sánchez Carvajal*

## *El Boyero Futbolero*

Llegó a Montecillo y se casó con doña Zelmira Eduarte. Su casa de habitación se ubicó frente a la entrada del Bosque De La Hoja, procrearon a una familia numerosa Carlos, Gladys, Lidieth, Aníbal, Miriam, Rigoberto, Nidia, Flory, Julieta, Eliberto y Humberto, nos referimos a don Aníbal Segura.

Gran boyero, amante de la cacería y apasionado del fútbol, en sus años mozos lo practicó, poseía dotes de futbolista y sus hijos varones los heredaron. Le gustaba enseñar ese deporte a los niños del pueblo, muchos tuvimos en él al primer maestro de fútbol, lo podemos recordar a la par del árbol de ciprés, detrás del marco de la cancha del Bosque de la Hoja echando porras a los equipos del pueblo: El España, El Municipal, El San Gabriel y algunos de los equipos de niños, igual, si la escuelita de Montecito enfrentaba a la de Los Ángeles Buena Vista, u otra localidad vecina.

Tenía una yunta de bueyes muy particular, un Maizol, era grande, de grandes cachos, impresionate y noble animal. Poseía uno más pequeño, parecido a la raza Jersey, pero negro; nada pendejo al ver la yunta dispareja uno pensaba que el maizol llevaba el peso de la carga, pero nada de eso, el pequeño era valiente, matón podríamos decir, y hasta jalaban parejo.

Le gustaba trabajar de forma independiente con sus bueyes haciendo diferentes labores en las fincas. Lo buscaban para jalar leña, arar la tierra, odiaba maltratar sus nobles bueyes y no los hacía trabajar de más, les daba sus horas de descanso. Acompañado por alguno de sus hijos salía de mañana a realizar las labores y en las horas de la tarde acudía a la clásica mejenga, ya fuera a jugar o, simplemente, a verla.

Cazaba conejos y armadillos de la zona, para estos efectos primero le conocimos a Laika, la perra de igual nombre a una enviada al espacio en las pruebas experimentales, luego dos hijos de ella Guaría y Lucero buenos perros de caza, más de un armadillo o conejo silvestre degustamos cazados por los perros de don Aníbal.

Al tiempo de habitar en Montecito con la familia, don Aníbal y doña Zelmira pusieron una pequeña pulpería frente al Bosque de la Hoja, la que tuvieron varios años y que atendía toda la familia. Cuando deja el oficio de boyero, trabaja un tiempo para Álvaro Hernández en la lechería, sin abandonar su gran pasión por el fútbol, lastimosamente, fallece y no logra ver a Costa Rica en un mundial de fútbol.



*Don Aníbal Segura*

Sus hijos se fueron casando y en el pueblo aún vive doña Zelmira, ya peina canas, pero permanece fuerte. La descendencia de Don Aníbal y Doña Zelmira, ya tiene más de treinta nietos, más de treinta y cinco bisnietos y ya empezaron a llegar los tataranietos.



*Doña Zelmira*

## *El Rosario del Niño*

En una comunidad católica, como la nuestra, los Rosarios del Niño son siempre una devoción, impregnada de las costumbres de cada pueblo, una práctica muy particular y propia de cada lugar.

En Montecito, hay varias familias que la hacían muy especial, entre ellas, la familia Chavarría Calderón; constituida por Don Efraín Chavarría y Doña Otilia Calderón y sus hijos e hijas, familia numerosa afincada en la propiedad que fue primero del padre Núñez y luego de don Rodolfo Quirós, ubicada detrás de la Escuela el Montecito y que lleva ese mismo nombre.

La tradición inicia con la búsqueda de la lana en los sectores montañosos. Por el gallito, subían las familias con algarabía, a buscar lana y no era cualquier lana, se escogía la que fuera digna de postrar las imágenes benditas del Todo Poderoso y su familia; y se escogía alguna rama o parásitas para colgar la estrella o algún ángel. “Era un fiestón en la montaña”, describen los Chavarría.



*Familia Chavarría Calderon en cultivo de papa*

Una vez recogida la lana, se buscaba el mejor lugar para montar el “pasito” y sus adornos, era grande y ocupa espacio. Los miembros de las familias se las ingeniaban, para mostrar una linda creación.

No podía faltar el rezador, don Paco Camacho, del vecino pueblo de Buena Vista; era el indicado para rezar a la Sagrada Familia de Nazaret, representada en el “pasito”.

No podían faltar los músicos, que impregnaban alegría y júbilo al rezo, una vez contratados estos importantes personajes, la familia Chavarría Calderón, se aprestaba a seleccionar el succulento menú, que ofrecían a vecinos y visitantes: Tamales de cerdo, tamal asado, pan casero, cajetas, dulce de toronja, unos prestiños deliciosos y el rompopo de don Efraín, que hacía uno especial y otro tradicional del que hacía cinco o seis galones de oreja.

Le gustaba a esta familia reventar pólvora al inicio, en cada misterio y al final, esto hacía más atractivo el rosario.

Llegaba el ansiado día del rezo del niño de los Chavarría, la gente se abrigaba, salía con focos, churucas y canfineras para cruzar los potreros, calles y callecillas sin alumbrado de aquellos años, una vez que terminaba el rosario, se armaba el bailongo.

Don Paco solía llegar temprano a la cita, para coordinar con los músicos las canciones y tonos en los que cantaba y comenzaban los músicos afinar los instrumentos “dame el MI” decía algún guitarrista al del acordeón para afinar la “Prima” de su instrumento y afinar bien la guitarra. Don Paco susurraba algunos cánticos a los músicos para ponerse de acuerdo cuales canciones iban a

interpretar, que si “Un precioso sabalito” “Que si vienen los aires”. “Venid pastorcillos” “Encanto de los cielos” y las letanías que se cantaban en latín. Ya todos de acuerdo, se pedía permiso para arrancar con el Rosario, y con el visto bueno de don Paco, se iniciaba y reventaba la primera bombeta doble, anunciando el inicio del Rezo.

Enfrascados en el Rosario; el rezador, los músicos y el público ponían lo mejor de sí y el Niñito parecía reír complacido por el homenaje. Segundo misterio decía Paco y ¡PUM! de nuevo la pólvora, y así, en cada Misterio. Al acercarse el cuarto misterio, el olor a comida a la leña aumentaba, los niños ansiosos y los mayores también, esperaban darle de comer rico, a la tripa.



*Familia Chavarría Calderon*

Cuando Paco decía la bendición y detonaban el último bombetazo, la familia atendía a los invitados, que éramos repitentes en eso de la comida o nos daban para llevar. Los músicos terminaban tocando música popular “¿Don Paco no se va a cantar una?”, se tomaba un mechazo para afinar y comenzaba “Te seguiré hasta el fin de este mundo...”.



*Portal del Niño*

Seguía la música y ya avanzado el tiempo, bien abrigados empezaban a despedirse los visitantes y un desfile de pequeñas lucecitas competían con la luz de las estrellas. ¡Qué rosarios los que hacían los Chavarría! Era todo un acontecimiento.

El día de La Candelaria, se procedía a quitar el portal y a esperar otro año, familia y amigos ansiaban el Rosario del Niño.

## *Personajes de Otros Lugares que Compartieron Con Montecito*

Personajes distinguidos como don Alfredo González Flores, don Enrique Echandi, don Roberto Carranza y don José Marín Cañas disfrutaron de estas hermosas montañas, hoy les hacemos un sentido homenaje.

### **Don Enrique Echandi Montero**

Don Laureano Echandi Morales y doña Ana Nicolasa Montero Aguilar fueron los padres de don Enrique Echandi Montero, quien nació en el año 1866. Como muchas personas prósperas de la época, la pareja Echandi Montero poseyó fincas en zonas alejadas como Orosí, Juan Viñas y entre éstas una casa y terrenos en El Monte de Heredia.

Don Enrique nació en San José, pero pasó tiempo en estos lugares rurales junto con sus hermanos José Dolores, Alberto y su hermana Rosa. Disfrutaba del campo y en sus estadias entró en contacto con el paisaje rural y la naturaleza, así como con los personajes que allí habitaban. Su talento le permitió dibujar las escenas, que observaba.

En sus años de estudio en Costa Rica tuvo dos maestros, el acuarelista Enrique Twight y el maestro de dibujo y pintura al óleo y pastel, Enrique Etherige. Viajó a Alemania en el año 1886, país en el que continuó sus estudios de pintura y dibujo en la Academia de Dibujo y Pintura de Leipzig y en la Escuela de Bellas Artes del Instituto Real de Múnich.

Sus obras se dieron a conocer en certámenes en los que logró galardones nacionales e internacionales y fueron exhibidas en las vitrinas de las principales librerías y farmacias de San José. Pintó retratos de personajes de la vida nacional como don José Joaquín Rodríguez Zeledón, don Ascensión Esquivel Ibarra, don Cleto González Víquez y don Alfredo González Flores.



*Autorretrato fechada aproximadamente en 1891*



*Casa de Don Enrique E.*

Don Enrique cultivó la pintura y el dibujo y además la música, se dedicó también a la enseñanza y fue profesor en el Liceo de Costa Rica y en el Liceo de Heredia, en los colegios Superior de Señoritas y San Agustín, en la Escuela Normal de Heredia así como ofreciendo clases particulares a jóvenes, que deseaban conocer sobre arte o dedicarse a la pintura.

Las noches culturales que organizaba en esta propiedad, en el Montecito, fueron verdaderos espacios culturales, en los que los asistentes exponían sus más recientes conocimientos e intercambian opiniones. Fueron amenizadas por su esposa, quien ejecutaba piezas musicales.

Don Enrique Echandi murió en su ciudad natal a los 93 años de edad y está sepultado en el Cementerio General.



*Lic. Alfredo González Flores*

**Lic. Alfredo González Flores**  
Expresidente de Costa Rica

La historia de Costa Rica dice que don Alfredo llegó al poder sin un solo voto popular, ya que fue designado por el Congreso, sin embargo su gestión presidencial -de un período de tres años, de 1914 a 1917- tuvo un gran impacto en la vida republicana del país, con ella se inauguró el camino hacia una nueva concepción del Estado.

En el artículo del periódico de La Nación, de Ana María Botey Sobrado, de mayo 2014, se le caracteriza como un “hombre de deber” por su búsqueda de soluciones a los múltiples problemas económicos, sociales y culturales que afectaron la época, labor en la que don Alfredo dio valor al trabajo como antídoto a la pobreza y brindó a la educación de la población, un lugar de importancia.

Nacido en Heredia el 15 de junio de 1877, estudió en el Liceo de Costa Rica y posteriormente se graduó de la Escuela de Derecho, en 1902. Las bases económicas que formaron su gestión política las adquirió en Londres e ingresó al mundo de las campañas electorales al dar su respaldo, en 1905, a don Máximo Fernández, formando parte del grupo de opositores al presidente don Rafael Yglesias.

Destacó en el período 1910 al 14 como diputado joven, de tan sólo 23 años, por el Partido Republicano. Fue designado a la presidencia de la República, porque ninguno de los candidatos, obtuvo la mayoría necesaria en las elecciones de 1913.

De acuerdo al folleto de la Dirección de Cultura, “Vida y Legado del Ilustre Expresidente”, don Alfredo ha sido reconocido como “uno de los presidentes más lúcidos”, que se destacó en la economía con el establecimiento del Banco Internacional como banco del estado, la creación de Juntas Rurales de Crédito Agrícola para el respaldo a pequeños productores agrícolas, así como al generar una transformación en el sistema impositivo con impuestos directos, como el territorial y el de la renta.

En el campo de la educación y con el apoyo de su hermano, Luis Felipe, se dio la creación de la Escuela Normal de Heredia, cuyo objetivo primordial fue la preparación de maestros. Declarado Benemérito de la Patria el 25 de julio de 1954 “por ser un gobernante de avanzada, con una visión extraordinaria del porvenir del país...”.

## Don José Marín Cañas

Nos basamos en un artículo de la sección literaria “Café de las Cuatro” del suplemento Forja del periódico La Nación, de enero de 1981, escrito un mes después de su fallecimiento, para comprender cómo don José fue un constante visitante-ciudadano de la comunidad de Montecito.

Dice don Guido Sáenz, que acompañó muchas veces a don José María a su finca: “es la finca más linda del mundo, ve para cualquier parte. El paisaje es como de tarjeta postal desde cualquier punto de vista”. Continúa don Guido diciendo “Y las mejores vacas del país—desde luego---las tenía él. Y la mejor leche era la de la finca El Cortijo de Badén, que así se llamaba.” De su conducta dice: “era un hombre puro, con una conciencia alta de lo que era una vida recta, una moral, una ética. No aceptaba la dualidad, la sinvergüenzada, el escamoteo, era un hombre de frente”.



*Don José Marín Cañas*

Sus padres, don José Marín Rico y doña Emilia Cañas Ojel Jaramillo, emigraron de España y llegaron a residir a San José donde nació su hijo el 28 de agosto de 1904. La familia vivió muchas privaciones materiales, por lo que don José Marín tuvo que desenvolverse en diferentes oficios desde muy joven, como el de cargador en el mercado, panadero, comerciante.

Llevó estudios de secundaria en el Colegio Seminario para luego iniciar la carrera de Ingeniería en Segovia, la que tuvo que truncar, por regresar a Costa Rica. Prueba de cuán versátil fue don José María, aprendió a tocar el violín para dar serenatas, tocar en bailes y fiestas e incluso en el teatro América, donde interpretaba la música para las películas no sonoras.

Su interés en el periodismo inició a temprana edad, ya que siendo un niño le pidió a su padre que le regalara una máquina de escribir, de adolescente mandó líneas a un periódico y, el director reconociendo el talento, lo invitó a trabajar en la redacción y, de esta forma, inició sus labores en el Diario de Costa Rica. En marzo de 1933 junto a varios colegas, entre ellos, Adolfo Herrera García, Rubén Hernández y don Abelardo Bonilla, asume la dirección del nuevo diario vespertino, La Hora.

Su trabajo en las letras incluye varias novelas, la más famosa “Infierno verde”, fue publicada por entregas y luego editada en un libro en España, es el cuaderno-diario que lleva un campesino, quien lucha en la guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay. Escribe luego la novela “Pedro Arnáez”, que obtuvo elogios por su gran fuerza poética, las imágenes y el humanismo de la historia. Recibió algunos galardones principales en el país, como el Premio Nacional de Cultura Magón en 1967, el de Periodismo Pío Víquez.

Murió en la madrugada del domingo 14 de diciembre de 1980.



## El Conde y la Condesa Tattembach

De ellos podemos decir que habitaron, cerca del Cerro "El Chompipe, casi al pie de éste estaba su casa y propiedad en la que tenían vacas, ovejas y gallinas y que fue una fuente de empleo para personas de la comunidad. Su propiedad era bastante grande y bonita, con mucho bosque primario y secundario. Fueron pioneros en la conservación de la fauna y flora del lugar, no permitían cazar ni tomar plantas originarias de la zona y el conde pagaba a los pajareros para que soltaran aves que habían capturado en la zona como jilgueros, yigüirros y rualdos. Odiaban ver aves prisioneras, eran serviciales y amables con el pueblo, fueron los primeros ecologistas de la zona y debemos estar agradecidos por su lucha en la conservación de nuestras montañas.



*Condesa Tattembach*

## *Doña Fica: La Partera*

Si una persona fue esencial, por su labor en el naciente Montecito fue Pacífica Sánchez Arroyo, hija de Tomás Sánchez y María Arroyo, madre soltera de José María Sánchez. Se casó y luego concibió a María Manuel y Leovigildo, todos de apellido Carballo, quienes tienen una gran descendencia en la zona.

Analfabeta pero llena de habilidades innatas en la partería, que se las desea hasta el más connotado obstetra! No hay familia de Montecito, que en el pasado no la haya llamado para asistir partos en las casas, en los galerones o donde se suscitara el parto, en el día o en la noche. A veces, cruzando por lugares de difícil acceso entre el barro, a veces en pastizales o donde se tuviera que llegar.

A menudo le correspondió asistir a la primeriza madre o bien a una experimentada, ya fueran partos normales o difíciles, doña Fica enfrentaba con valentía la situación, para traer al mundo una nueva alegría en el hogar.

Muchas fueron sus virtudes y las funciones que cumplía, psicóloga para dar valor; religiosa, para solicitar asistencia a los santos en el parto; cirujana también pues dicen que preguntaba: "¿Querés tener más hijos o no?", y si la respuesta era no, hacía un trabajo especial.

Mujer hábil con la tijera para cortar el ombligo, acompañada siempre del "contrabando" para desinfectar y animar el proceso. Cuentan que en una ocasión, a falta de ropita para envolver al niño cuyo parto atendió en un establo, lo envolvió en una bolsa de concentrado para mantenerlo caliente.

Es difícil saber cuántos partos asistió, pero fueron muchos. Ella fue la "profesora graduada en la universidad de la vida" poseedora de un diploma de gran valor, el de la entrega social.

Sin lugar a duda, un personaje importante por el espíritu de servicio a su comunidad.



*Doña Pacífica Sánchez*

## *De Lechería a Residencial*

La finca Villa Delia estaba ubicada donde hoy se encuentra el Residencial del Monte, en las inmediaciones del Hotel Tirol, perteneció a Don Alfredo González Flores y su esposa. Esta fue posiblemente la finca lechera más grande de Montecito, por cuanto tenía acceso por dos calles; aquella que pasa por la escuela el Montecito y la que pasa por la carretera del Monte La Cruz. La entrada por el sector del monte La Cruz, conserva una hermosa entrada custodiada por ambos lados de árboles de ciprés, donde las ardillas hacen sus nidos. En el pasado estos árboles observaban el paso del ganado, de carretas y caballos, y hoy, la entrada de vehículos.

Muchos trabajadores agrícolas laboraron en esa finca, que pasara luego a manos de otras personas, que siguieron con la explotación lechera. Algunos de esos trabajadores agrícolas fueron don Beto Delgado, sus hijos Rodolfo, Rigoberto, Francisco, los gemelos y algunos otros, como también los descendientes de don Rafael Ugalde. Muchos vaqueros soportaron las frías madrugadas de verano y las lluviosas de invierno, para llevar las vacas a los ordeños; otros cortaban zacate para alimentar al ganado, hacían cercas y demás actividades ligadas al trabajo lechero.

El Río Segundo pasaba cristalino por mitad de la finca, roncaba bravío cuando llovía fuerte en las montañas y luego, al pasar la crecida, se escuchaba manso tocando su música al chocar de las aguas con las piedras y caídas de pequeñas cataratas.

Luego de un tiempo, don Álvaro Batalla compra la propiedad y empieza a lotear, hace caminos asfaltados y el puente sobre el río. Luego vendría el alumbrado público, se generan fuentes de empleo por las construcciones de las casas y el hotel. Caen, entonces, los tapa vientos del ciprés y aparecen lindas casas; desaparece el pasto para el ganado de leche, dando lugar a los zacates de jardín. Finalmente, se eliminan las instalaciones de la lechería, así como la casa de don Alfredo y aparece el Hotel El Tirol. Se va el campesino sencillo, de bota de hule, con pala al hombro y llegan nuevos habitantes al lugar, los europeos o norteamericanos en carros de lujo.



*Entrada al Residencial del Monte*



*Entrada al Residencial del Monte*

Es este el inicio del nuevo Montecito, se achica el campo agrícola y surge la quinta de lujo. Ya no pastan las vacas y en su lugar se levantan los ranchos para fiestas. Lloro el ciprés al ver caer a su compañero por el filo de la moto sierra, el yigüirro observa curioso y melancólico el cambio, el río ya no corre tan libre, pues detienen su paso las represas para entubar el agua.

El progreso ha llegado y nada lo puede detener. El campesino ya no ordeña, ni siembra; ahora es guarda o jardinero. Se ha levantado un hermoso residencial y detrás del cambio de la Finca Villa Delia siguió un rumbo similar la Finca de Marín Cañas, la de don Pedro Zamora, Finca La Victoria.

Ya no se oyen las carretas y las luciérnagas se sienten humilladas por la luz de mercurio. La cámara vigila lo que vigilaba la lechuza y el ruido del carro silencia el grillo. Ya el viento no toca su música al chocar con el ciprés.

Todo cambia, cambia y cambia! Un cambio inevitable de carreteras asfaltadas.

¡Ya no llores coyote, te toca emigrar!

# Glosario

La oralidad de un pueblo evoluciona de acuerdo a las nuevas circunstancias de su cotidianidad y algunos vocablos hasta caen en desuso o resultan pasados de moda, con el propósito de que las nuevas generaciones puedan penetrar en el significado de la vida cultural de su comunidad (alimentos, diversiones y creencias, entre otros) se elaboran los Glosarios.

Este glosario permitirá interpretar, explicar y comentar sobre el habla popular de la región.

- Alforja.** Bolsa ancha de cabuya o de cuero cuadrada, abierta al centro y cerrada en los extremos, que forma dos bolsas grandes, que colgada de los hombros o bien en las ancas de una bestia, sirve para llevar comestibles y otras cosas.
- Alquitarra.** Sinónimo de concertina en el alambique.
- Atado de dulce.** Dos tapas de dulce envueltas en hojas de caña o corteza de guinea seca colocadas una contra la otra, por la base.
- Búngalo.** Rancho rústico de troncos apilados como una tranquera.
- Caites.** Una especie de sandalia muy rústica hecha de cuero y ajustada al tobillo, por una cuerda.
- Canfinera.** Una lámpara sin cristales y hecha de hojalata, en la que se utiliza el canfín como combustible.
- Carguero.** Implemento rústico, usado en la zona por los antiguos pobladores para transportar carga, construido generalmente de un saco de gangoche al se le agregaban largueros de pantalón fuerte con cordeles, imitando un salveque.
- Carril.** Un sendero hecho en la montaña para dividir los terrenos, que se pretendía o quería separar, como parcelas agrícolas.
- Cascajo.** Especie de barro colorado, muy seco y duro, utilizado en los pisos de las casas de antaño, de Montecito.
- Caserío.** Conjunto mínimo de casas en el campo, que no constituyen un pueblo.
- Cazadora.** Camioneta de pasajeros.
- Chuspa.** Bolsito hecho de tela para llevar los cuadernos a la escuela.
- Coletó.** Abrigo contra el frío y la lluvia, hecho de gangoche, sin mangas y que cubría el cuerpo hasta la cintura.
- Collosas.** Frutas silvestres que parecen una perla, esta planta crece en el musgo o la lana.

<b>Concertina.</b>	Equipo rústico para destilar licor de contrabando.
<b>Denuncio.</b>	Parcela de la que se apropia una persona con fines de escriturar.
<b>Dinamo.</b>	Generador rústico de electricidad.
<b>Amansar caballos.</b>	Entrenamiento para domar un caballo y hacerlo dócil para la monta.
<b>Establo.</b>	Espacio destinado al alojamiento del ganado bovino, equino y asnar. es una estructura sencilla, normalmente de madera.
<b>Empalado.</b>	Conjunto de árboles ubicados en suelo fangoso, para facilitar el paso y el transporte.
<b>Fogón de leña.</b>	Cocina rústica, donde se enciende fuego para cocinar.
<b>Galera.</b>	Aposento, que se construía unido o separado de las casas, que servía para guardar las herramientas de trabajo, la leña y el trapiche.
<b>Gangoche.</b>	Saco de tela de yute, usado para llevar carga.
<b>Lengua de vaca.</b>	Arbusto silvestre comestible, que crece en la región, su fruto es de color morado azulado.
<b>Maizol.</b>	Ganado con giba de la raza cebú.
<b>Mandados.</b>	Los artículos de la lista de compras de la pulpería o comisariato.
<b>Mandolina.</b>	Instrumento musical de cuerdas.
<b>Moler.</b>	Convertir algo sólido en polvo. En máquina artesanal, se trabaja el maíz para hacer tortillas y, también, se hacen tortillas con las palmas.
<b>Montear.</b>	Ir de cacería.
<b>Murtas.</b>	Arbustos con semilla parecida a una nuez y de fruto comestible, parecido a un mamón criollo.
<b>Partera.</b>	Persona que tiene por oficio asistir a una mujer, en su parto.
<b>Pelton.</b>	Rueda utilizada con agua, para generar electricidad.
<b>Perinola.</b>	Trompo de varias caras, utilizado en los turnos.
<b>Real.</b>	El valor de una moneda, equivalente a 12.5 céntimos.
<b>Saca.</b>	Destilería clandestina.

**Soasar.**

Cocinar las hojas de guineo o plátano entre las brasas.

**Tapa Viento.**

Fila de árboles, que neutralizan el viento, para que no afecte los cultivos. En zonas altas como Montecito, los cipreses cumplen esta función.

**Trocha.**

Camino rústico, generalmente de barro, entre la montaña o terrenos de difícil acceso.

**Trolea.**

Caminar grandes distancias.

**Vara.**

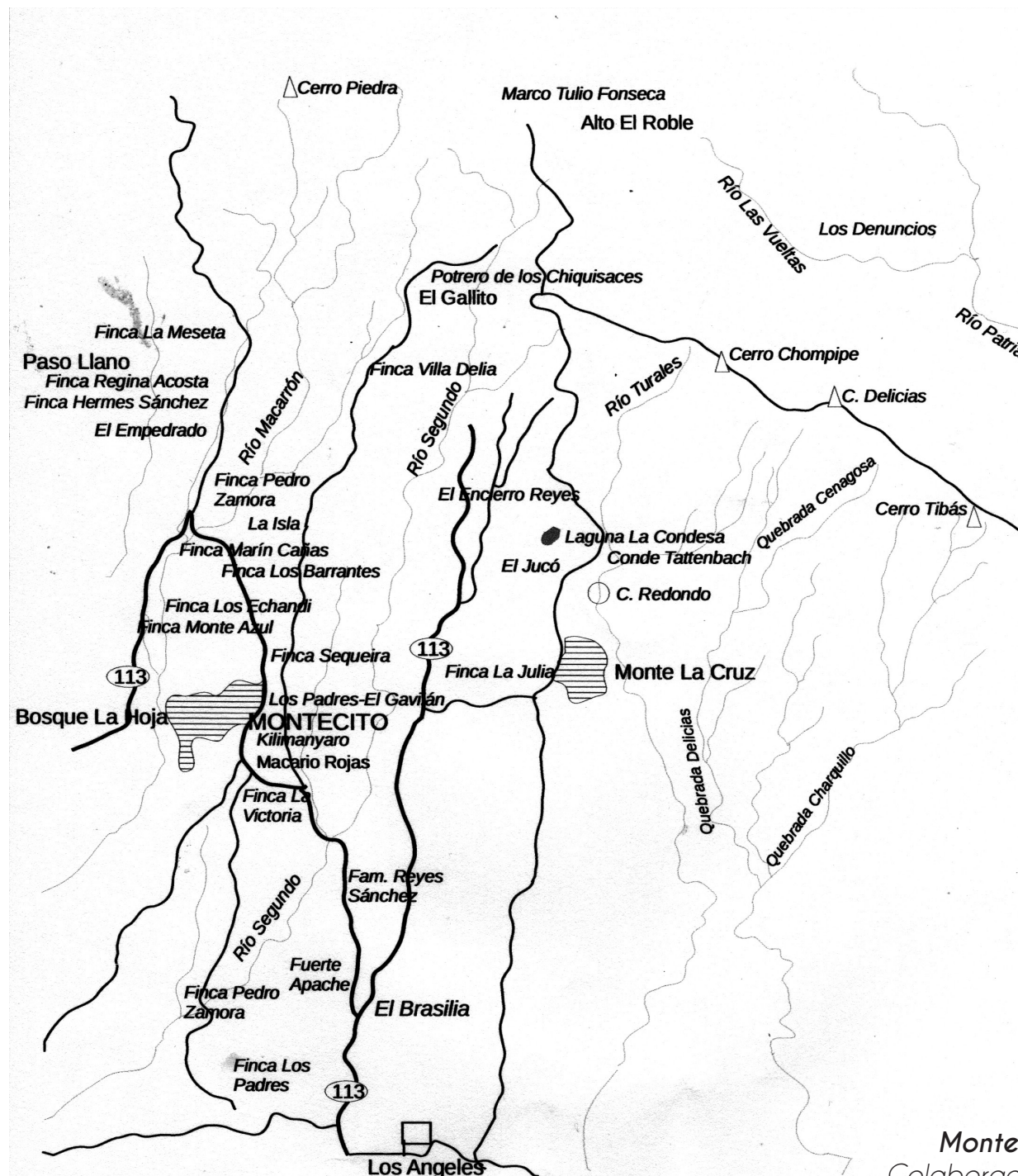
Medida de 33 centímetros.



*Lana o musgo perla*



*Cocina de Leña*



*Montecito en sus inicios*  
 Colaboración Florencio Magallon